



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 36 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Setiembre 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Chaqueta elegante.—Túnica de novedad.—Cuerpo escotado para niña.—Delantales para niña.—Cuerpos de moda para jovencita.—Sombrero de muselina.—Cofia para casa.—Miton para niña.—Tapete bordado.—Bolsa para la labor.—Dibujo para tapete bordado en cañamazo Java.—Cuadros de malla guipure.—Bordado y flores de cuentas.—Pantallas de chimenea.—Cubierta de cuna ó edredon.—Puntilla de crochet y trencilla.—Puntilla de encaje irlandés.—Entredoses

calados.—LITERATURA: Poder del arrepentimiento, por Fernan Caballero.—Soneto, por Gerónimo Corder.—El niño, poesía, por Miguel Sanchez Pesquera.—Desencanto, poesía, por J. Tejon y Rodriguez.—El regreso, por Enrique Heine.—Marina, por Angela Grassi.—El tapicero en familia, por Juan Guelbes.—Variedades.—Explicación del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. CHAQUETA SIN MANGAS.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. II, figuras 14 á 17.)

Para los trajes de entretiempo, seguirán haciéndose las chaquetas holgadas, iguales á los vestidos, para colocarlas encima de la túnica: á este género pertenece el modelo adjunto, entallado de la espalda, holgado de adelante y abierto en chaquet. El núm. 1 presenta el modelo de tela lisa, adornada de galones, botones y fleco, y el núm. 2 en tela rayada, lleva como adorno puntilla y bieses del color de la raya.

4 Á 6. MITON PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. IX, figs. 49 y 50.)

Córtase este modelo al hilo, y se cose de la e á la f sin botones ni ojales: el dedo pulgar se cose al biés con un repulgo hacia el derecho, y puede hacerse en tela gris, adornado de un biés bordado y picos de cinta, cuyo modelo ofrece el núm. 4. El 5 es otro adorno para el mismo objeto, hecho con una randa de crochet de horquilla de otro color, cosida en el centro de un biés, y á los dos bordes trencilla de picos del color del crochet.

7 Á 10. TAPETE BORDADO EN TELA ADAMASCADA.

Ya en números anteriores hemos ofrecido á nuestras lectoras, la

manera de adornar las telas adamasadas, haciendo de ellas tapetes, colchas ó cubiertas completas de sillería. El núm. 7 ofrece un tapete de este género de labor, bordado en tela adamasada gris, con lanas y seda argelina. El núm. 8 ofrece el dibujo de tamaño natural, que puede alterarse segun el dibujo del damasco, porque el objeto es rodear las flores con rayas al pasado ó con punto ruso, y para economizar estambres ó seda, en el pasado se coge una pequeña puntada en la circunferencia para volver á sacar al lado la hebra, y de este modo queda pasado por el derecho y con pequeños puntos que marcan el contorno por el revés. Los números 9 y 10 presentan entredoses para separar las tiras he-

chas con trencilla Cluny el primero y algodón á crochet, y el segundo con cinta irlandesa y crochet, igualmente hecho con lana ó algodón de color.

11 Á 14. CUERPO ESCOTADO PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. VIII, figs. 46 á 48.)

Esta forma de trajes es sólo admisible para niñas de 2 á 4 años, y se hace lo mismo en lana que en piqué ó batistas. Nuestro modelo es de piqué adornado de guarniciones á la inglesa, en tirantes y plaston en el pecho, como el núm. 11, y para cuyo adorno van las cenefas 13 y 14 bordadas á la inglesa; igualmente pueden utilizarse para vestido de cachemir azul ó rosa bajos, rodeando la falda en dos ó tres órdenes además. El pecho y la espalda se cortan por el patron, dejando á la última 8 cent. para los pliegues, y la manga va fruncida y plegada en la parte de atrás. El cinturón, de 2 cent., va bordado á punto ruso y cerrado por detrás con ancha cinta de color.

15 Y 32. BOLSA PARA LA LABOR.

(Dibujo del bordado, en el pliego por el derecho, número 29.)

Hácese esta elegante bolsa en tela cruda de 17 cent. de alto por 14 de ancho, y la parte de adelante está dividida en tres partes que figuran separadas por rizados de cinta ó de encaje: el bordado que ocupa el medallón del centro puede reemplazarse por iniciales, y los otros dos medallones son de macramé (tejido anudado), y de lo mismo es el fleco que orilla el pie de la bolsa, cuyo trabajo muestra el núm. 32. Un rizado orilla todo el borde y sube á guarnecer el superior, cerrando la bolsa cintas con lazos.

16 Á 19. DELANTAL PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. VII, figs. 43 á 45.)

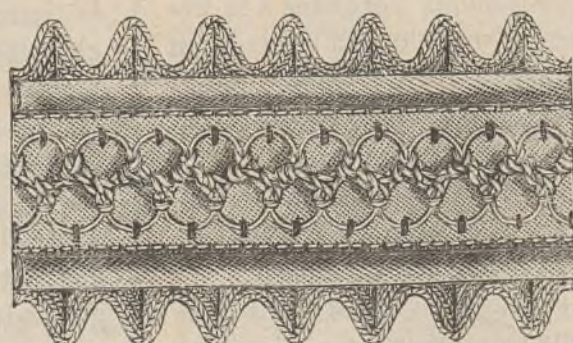
Puede ser de tela cruda ó nanzouk: el escote está reforzado con un biés de uno y medio centímetros, biés que sirve también para adornar el delantero en peto, cubrir la pegadura del volante y el borde de él (véase núm. 16): un lazo de lo mismo ó de cinta cierra el hombro y cinturón; igual le ciñe del tallo á partir de los lados del adorno. El adorno del núm. 16 son pequeños bieses cosidos á máquina, blancos, ó galon blanco ó encarnado, y el del núm. 17 es una guarnición de tul griego grueso, bordado con color, en cuyo caso el peto de adelante se forma con entredoses de tul como el del núm. 19, ó con randas de crochet de horquilla como el número 18.



2. Delantero de la chaqueta núm. 1. (Patron: en el pliego por el derecho, núm. II, figs. 14 á 17.)

20 Y 21. ANGULO Y FLECO PARA TAPETE.

Bordado en cañamazo Java. El núm. 21 muestra un ángulo de cenefa, que así puede servir para tapete, almohadon y alfombra, para colocar sobre una mesa lámpara ó jarrones, haciéndole más ó menos grande segun se quiera. El bordado se ejecuta con seda argelina, y resulta tan claro en el dibujo, que no necesita explicación: el fleco número 20 se saca del mismo cañamazo deshilado, reforzándole con un punto cruzado que muestra perfectamente el dibujo.

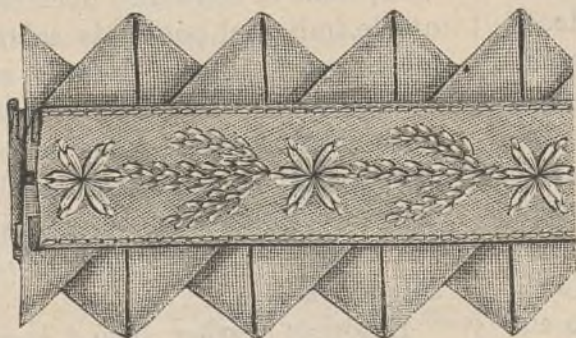


5. Adorno para el miton núm. 6.

22 Y 23. CUERPO PARA JOVENCITA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. VI, figs. 39 á 42.)

3. Espalda de una túnica ofrecida en EL CORREO anterior, núm. 11. (Patron: en el pliego por el revés, núm. XI, figs. 56 á 58.)



4. Adorno para el miton núm. 6.



Este cuerpo se corta por el patron indicado y se guarnece en todas las costuras y al borde, como indica el número 23 que le presenta de muselina blanca con entredoses bordados, pudiendo llevar guarnicion al borde como el núm. 22, ó no llevarla: la manga y cuello se adornan con plegados. Para el tiempo que se acerca puede copiarse esta misma hechura en telas de lana con galones labrados en vez de entredoses.

#### 24 Á 26. CUADROS DE MALLA GUIPURE.

Estos cuadros se recomiendan por la sencillez y claridad del trabajo, pudiendo hacerse con ellos mosaicos como el que ofrece el núm. 33, y cubiertas de acericos, sachets, etc. La ejecucion resulta clara en los mismos dibujos, que todos son de mucha novedad.

#### 27. PUNTILLA DE CROCHET Y TRENCILLA CLUNY.

Comiézase esta puntilla por las estrellas de crochet, que se ejecutan en solas dos vueltas. La primera se comienza así entre dos estrellas: \* 1 punto doble en un picot de la trencilla, 1 en el aire, 1 en el picot que sigue, 1 en el aire, 1 en el picot, 3 de cadeneta, 2 dobles en dos picots, 17 de cadeneta, 1 doble en el cuarto y quinto picots juntos, y sobre la cadeneta se hace la primera hoja con 1 punto doble, 4 barras y 1 punto doble, y despues 6 de cadeneta para la hoja siguiente, 1 doble en dos picots, y sobre la cadeneta otra hoja igual, 17 de cadeneta y vuelve á repetirse desde la señal \*. En la segunda vuelta se comienza en el mismo sitio, y se va haciendo por el mismo orden la estrella, haciendo al tiempo en la cadeneta larga las otras dos hojas que quedan horizontales. El pié de la puntilla se ejecuta con dos vueltas, una en cadeneta lisa, que sujeta todos los picots, y otra en barras desiguales, y termina la puntilla una vuelta de picots al borde de las ondas.

#### 28. PANTALLA DE CHIMENEA.

(Dibujo del bordado: pliego por el derecho, figs. 30 á 32.

La montura de la pantalla, que es muy elegante, es de madera dorada. Un óvalo de raso azul de 70 cents. de altura por 50 de ancho, circuido sobre 6 cents. de una tira de terciopelo negro, llena el centro. La cenefa de terciopelo va adornada con un bordado en oro, espigas y hojas de hiedra entrelazadas. La fig. 30 del pliego da la mitad del dibujo, cuya segunda mitad será fácil completar calcándola sobre la primera.

La línea lisa que oculta la union de la cenefa al terciopelo, está interrumpida arriba y abajo para dar cabida á los arabescos, fig. 31 del pliego de patrones.

Las iniciales fig. 32 están tambien bordadas con oro; pero los acianos sembrados sobre el fondo de raso, se bordan con seda de Argel y colores naturales (se hallarán tres de estas flores dibujadas expresamente sobre el pliego por el derecho para hacer esta delicada labor).

Las espigas se bordan con cañutillo rizado; las hojas con cañutillo liso; los troncos, las venas y las letras al pasado, con hilo de oro muy fino. En uno de nuestros números inmediatos daremos explicaciones detalladas sobre el bordado en oro.

#### 29 Y 30. BORDADOS Y FLECOS DE CUENTAS.

Sirven estos lindos modelos para adorno de canastillas, etagères, etc. Los colores van señalados al pié del dibujo, los cuales se emplean tambien para el fleco.

#### 31. PUNTILLA DE ENCAJE IRLANDÉS.

Esta puntilla, hecha con cintas de medallones y barretas vueltas, se explica claramente por medio del grabado 31, de tamaño natural.

El borde exterior va orillado de picots tupidos ó de feston.

#### 33 Á 35. CUBIERTA DE CAMA Ó EDREDON.

Malla guipure y calados.

El grabado 35 da un cuadro de tamaño natural de los que componen esta preciosa cubierta, que puede igualmente hacerse guarnecida de cenefas bordadas á la inglesa ó aplicaciones sobre tul. El modelo está bordado en blanco sobre tela cruda, y dicho grabado 35 le representa con tanta perfeccion, que es inútil entrar en más detalles. El cuadro de malla del centro, así como los medios cuadros de los ángulos, están hechos con hilo blanco, mientras la cenefa se hace con hilo crudo. El dibujo de la malla va representado en el grabado 33, é infinitas novedades por el mismo estilo se hallan en todas las páginas de EL CORREO. Todos los cuadros deben tener el mismo tamaño, dejándoles alrededor tela para un dobladillo más ó menos ancho. Los medios cuadros se bordan á

punto de sprit, sobre la malla. La cenefa se hace por separado. El fleco, grabado 34, mide 12 cents. de altura y es muy lindo.

#### 36. SOMBRERO PARA JARDIN.

Este sombrero, de alas anchas, es un tejido forrado de gasa que imita el Panama, y es sumamente ligero. El ala, orillada con un biés de muselina y una puntilla, preserva perfectamente el rostro de los rayos del sol. El fondo, como indica el grabado, se guarnece con una ruche de muselina orillada con una puntilla y dos ramitos de flores. Las bridas de muselina pueden reemplazarse con otras de cinta ó terciopelo.

#### 37. COFIA DE MAÑANA.

El fondo, en forma de velo, y las ruches, están guarnecidas con una puntilla de encaje irlandés, para lo cual pueden emplearse las puntillas representadas en este mismo número, y las que de continuo enriquecen las páginas de nuestro semanario. El bordado se hace por separado y se pega á la muselina por medio de un feston. El fondo mide 44 cents. de ancho por delante, 24 cents. de altura y 44 de largo de una punta á otra. La muselina se corta al biés, de modo que los bordes de arriba hasta el extremo del costado acaben al hilo. Una pasa con punta delante, de tul fuerte y de 36 cents. de largo por 8 y 2 de ancho respectivamente en el centro y en los costados, rodeada de un alambre, sirve de fondo á la cofia. La barba se fija debajo de la pasa, poniendo el centro sobre el centro, hasta un pliegue de un centímetro de profundidad, dispuesto sobre el fondo. Los dos costados de la barba van replegados en solapas, sujetas con una puntada. Una doble ruche de muselina, más alta sobre la frente que de atrás, un retorcido de cinta rosa muy pálido y lazos de lo mismo, completan el adorno de esta elegante cofia.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



#### PODER DEL ARREPENTIMIENTO.

Las cosas santas se deben leer con el mismo espíritu con que fueron escritas. Si os falta la fe dejad de leerlas; vuestra escéptica sonrisa es demasiado fácil y vulgar para ser de buen gusto ni de buen tono.

JULES JANNIN.

No tiene el corazon peor enemigo que la cabeza.

ALEXANDRE DE LE VERGNE.

Habia un señor, rico y poderoso, que vivía en su castillo, del cual no salía sino para guerrear, asolar los campos de sus vecinos, saquear los pueblos y robar á los viajeros. Era tan malvado y cruel, que nada humano le habia quedado en su corazon más que el amor á su mujer, apacible y bella criatura, que pasaba los dias y las noches llorando las maldades de su marido y pidiendo á Dios que se las perdonara. En vano su marido la rodeaba de cuantos goces dan el lujo y la riqueza; de nada disfrutaba la humilde señora, nada queria, nada deseaba sino la conversion de su marido.

En una espantosa noche de invierno en que el cielo, desencadenando tempestades, parecia querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea en que ardía una brillante hoguera. El viento mugía entre las torres, cual si le enojara su resistencia; las nubes arrojaban sus aguaceros con ira; los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas como espíritus malos; todos los vivientes buscaban un abrigo contra la inclemencia de aquella lóbrega noche. El señor del castillo aún no habia vuelto de su correría, y su angustiada esposa rezaba.

Oyóse llamar á la puerta, y poco despues un criado entró en la estancia y dijo á su ama que dos pobres religiosos, cansados, casi muertos de frio y de necesidad, per-

didos en aquel país agreste, pedían ser acogidos en la fortaleza, aunque fuese en un establo. La buena señora se sobrecogió, porque sabia que su marido odiaba á los religiosos; y le era tan sumisa, que ni el bien se atrevía á hacer sin su beneplácito. Pero ¿cómo rehusar á los señores una súplica tan humilde?

—El señor no lo sabrá, dijo el buen criado, que al á su señora suspensa adivinó sus pensamientos, y al yar el dia se irán.

No bien hubo salido, cuando sonó una trompa, y galope de los caballos anunció la llegada del señor. A rató entró, y despues de haber trocado su armadura, fida en sangre, con un rico vestido de seda forrado de ricas pieles, se sentó con su mujer á una mesa profamente servida de ricos manjares, sobre la cual innúmerables bujías blancas, finas, suaves como vírgenes, esparcían su melancólica y pura luz.

La castellana, ricamente prendida con un traje terciopelo verde bordado de oro y pedrería, no comía resplandor de las luces se reflejaba en los brillantes cubrian su frente y en las lágrimas que surcaban mejillas, como otro adorno más, porque eran de aque con que el corazon hermo sea el rostro.

—¿Qué teneis? le dijo su marido con cariño.

No respondió.

—¿Temáis por mí en esta noche de espantoso temoral? Pues fuera temores; ya me teneis aquí sano y sa pésele á Satanás.

La hermosa castellana no respondió y seguía llorando porque las lágrimas son hermanas bien avenidas; á síguese otra, en pos de una van mil.

Pero él, á quien su ángel bueno habia guardado en corazon el amor á su mujer, como una áncora de salvacion, se afligió de verla llorar y le dijo:

—Contadme, señora, lo que os aflige, y juro por espada enjugar vuestras lágrimas si está en mi poder hacerlo.

—Señor, respondió su mujer, llo ro porque mientras aquí disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario: porque mientras esa llama mantiene viva y alegre, y nos envia su calor como caricia, otros tritan de frio; mientras estos manjares citan al paladar con sabrosas exhalaciones, otros, señores tienen hambre... y por eso se anuda mi garganta y puedo comer...

—Pero, señora, le dijo él, ¿quién sabeis que se esté muriendo de frio y de hambre?

—Dos pobres religiosos, señor, que me pidieron albergue y que están en la caballeriza.

El marido frunció el ceño.

—¡Frailes! dijo, holgazanes, pancistas, petardistas, querian regalarse á mis expensas.

—No han pedido más que un techo y un poco de pan. El castellano llamó á un criado.

—¡Oh, señor, señor! dijo la castellana sollozando; los echéis fuera, acordaos de vuestra promesa.

—Perded cuidado, contestó el marido, comerán, se leentarán y además me servirán de diversion.

¡Ya vereis!

Mandó en seguida á los criados que los trajesen á presencia.

Disipóse, no obstante, el amargo humor chancero del castellano, como la fria y opaca niebla que levanta la noche de un pantano á los primeros rayos del sol, cuando se presentaron á su vista los religiosos; por un impulso involuntario se puso en pié, y la impía chanza que asomaba á sus labios retrocedió como una serpiente que se encoge y se vuelve á su cueva. Ello era que habia el rostro del más anciano, en los cabellos blancos que coronaban su vejez, como corona una orla de albas rosas juvenud, en la serenidad de sus ojos, en la gravedad de su boca, una dignidad que imponía, una mansedumbre que atraía, un poder capaz de sujetar y conmovir el alma corrompida y helada.

Mandóles el señor sentar á la mesa, y guardaron todo silencio por un breve rato. Pero el religioso, fiel á su misión, hizo oír la palabra de Dios en aquel lugar de donde habia sido desterrada, quedando encerrada en el corazon de la castellana como en un santuario. Callaba el señor y escuchaba mirando á su mujer, que con ansiosas miradas y cruzando sus blancas manos miraba al mismo nero, como el marino en noche de tormenta mira al faro que le indica el puerto de salvacion, mientras que sus labios murmuraban: «¡Bendito es el que escucha!»

Concluida la cena cogió el castellano una vela y alumbro y llevó él mismo á sus huéspedes al mejor aposento del castillo, donde ricas camas doradas con colchones de damasco estaban dispuestas. Mas los religiosos se negaron á dormir en ellas, diciendo que jamás descansaban sino sobre paja.

Entónces el señor bajó á la caballeriza, y volvió cargado de paja, que extendió en el suelo.

—¡Padre, dijo rompiendo con un generoso esfuerzo,



hielo de su corazón, yo quisiera volver á Dios; pero es imposible que el Señor me perdone mis iniquidades.

—Aunque vuestros pecados, repuso el misionero, excédiesen en número á los granos de arena del mar, á las gotas de agua de las nubes y á las estrellas del cielo, todas las borraría el arrepentimiento y las perdonaría la clemencia de Dios; por eso el pecador endurecido no tiene disculpa, y eso es lo que formará su eterna desesperación.

Entonces el castellano, arrodillándose, confesó sus pecados, mientras que abundantes lágrimas de contrición caían de sus ojos sobre la paja en que se había arrodillado.

Cuando el misionero, después de dar gracias al señor misericordioso, se quedó dormido, sintióse trasportado ante el divino tribunal. La eterna justicia tenía en la mano la balanza que pesa el bien y el mal; un alma iba á ser juzgada; era la del castellano. El espíritu infernal, con insolente triunfo, puso en una balanza el cúmulo de sus iniquidades. Los ángeles buenos se cubrieron la cara con horror y compasión. El alma gimió con dolor. Entonces se acercó el ángel de su guarda, ese ángel tan dulce, tan paciente y tan bello; ese ángel que nos pone el arrepentimiento en el corazón, las lágrimas en los ojos, la limosna en la mano, la oración en los labios; traía algunas pajitas mojadas de lágrimas, y las puso en el plato opuesto de la balanza.

El alma se salvó.

Cuando el religioso se levantó á la mañana siguiente, halló el castillo en consternación.

Preguntó la causa.

El castellano había muerto aquella noche.

FERNAN CABALLERO.

### SONETO.

Componer un soneto me propongo,  
Con este corsonante y otro en io,  
Y áun que la empresa es fácil, no confío  
Salir airoso de ella si me expongo.  
En fin, pues principié, seguir dispongo  
Hasta verle acabado á mi albedrío:  
Firme es mi voluntad, y en ella fio,  
Y á las dificultades la antepongo.  
Quedan, como se ve, confeccionados  
Del modo que he podido los cuartetos,  
Y deben ahora ser también formados  
Los siempre necesarios dos tercetos,  
En este instante mismo terminados  
Con los catorce versos ya completos.

GERÓNIMO COUDER.

Madrid 29 de Agosto 1876.

### EL NIÑO.

(IMITACION DEL FRANCÉS).

Cuando del cielo el niño viene á alegrar la casa,  
Todo es aplauso y ruido, tierno rumor que pasa  
Y júbilo no más.

No hay labio palpitante, ni luz de blanca luna  
Que no bese su frente, ni mano que su cuna  
No anhele columpiar.

Ya sea que en los jardines ría la Primavera,  
O cuando la familia en torno de la hoguera  
Mira el tiempo correr,  
Siempre que el niño llega, todo es santa alegría,  
Late de gozo el pecho, mientras la madre guía  
Sus vacilantes piés.

Hablamos muchas veces al remover la llama  
De viajes y de patria, del genio y de la fama  
Que asoma en porvenir;  
Pero llegas, ¡oh niño! y adios patria y poetas  
Y delirios de gloria; las miradas inquietas  
Se fijan sólo en tí.

Cuando tras densa noche en la avanzada hora  
En que gemir se escucha, como una voz que llora  
La onda entre el rosál,  
Súbito el alma asoma, y con sus rayos suaves  
Levanta un clamoreo de campanas y de aves  
Del llano á la ciudad.

Niño, tú eres el alba y mi alma es la llanura  
Que embalsama sus flores con la esencia más pura  
Que guarda tu candor.  
Mi alma es, en fin, la selva que vibra á tus arrullos,  
Que llena sus penumbras de rayos y murmullos  
Al despertar el sol.

Porque tus ojos guardan dulzuras infinitas;

Porque tus breves manos alegres y benditas

No han hecho el mal aún.

Porque tus piés no tienen de nuestro fango el sello;

Niño, tu frente es santa, ángel sin alas bello,

Tu aureola es de luz.

Tú eres para nosotros del arca la paloma;

Las huellas que tú dejas tienen del cielo aroma;

Tu pupila es azul.

Aun sin comprenderlo miras inerte el mundo,

Niño, dos veces virgen, cuerpo sin nada inmundo,

Alma toda virtud.

¡Cuán bello no es el niño con su risa hechicera,  
Su voz que dice todo, su lágrima sincera

Que es tan fugaz en él!

Dejando errar sus ojos tras dulces embelesos,

Ofreciendo su boca siempre á todos los besos,

Su alma á todo placer.

Presérvame, Dios bueno, preserva á mis amigos,

A todos los que amo y áun á mis enemigos

Que gozan en mi mal,

Que nunca el campo vean sin sus flores bermejas,

El nido sin polluelos, el panal sin abejas,

Sin niños el hogar!

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

San German.

### DESENCANTO.

Léjos, muy léjos de queridos séres,  
Con angustia en el alma,  
Sin divisar rosados horizontes  
Ni un hora de bonanza;

Nube de tempestad, madre del rayo,  
Pesada, oscura, densa,  
Viendo flotar en torno de las sienes  
Matando las ideas;

Ilusiones, placeres, esperanzas  
Trocados ver en humo  
Que el corazón cual pebetero arroja,  
Quemándose á su influjo.

¡Y esto vivir se llama! ¡La existencia  
No tiene más encantos!  
Aire y luz y fragancia y armonías  
Ya para mí pasaron.

El alma, un día, búcaro que encierra  
Primaverales rosas,  
Se quiebra al dar con duros desengaños  
Y estas ¡ay! se deshojan.

Mas no muere el espíritu; padece,  
Se agita en sus borrascas,  
Mar de oleaje laborioso, inquieto,  
Que apetece la calma.

Contrarios vientos sin cesar lo impelen,  
Relucha con violencia;  
Ya parece que gime, ya murmura,  
Ya amenaza, ya ruega.

Piélagos inmenso de amargor constante  
Sin cesar se embravece:  
¡Ay de él, si zozobrar hace al esquife  
En que la fe su viva luz enciende!

Madrid.

J. TEJON Y RODRIGUEZ.

### EL REGRESO

POR

ENRIQUE HEINE.

(Conclusion.)

LXII.

Toda la noche hemos estado en el coche, solos y en la sombra. Hemos reposado sobre el corazón uno de otro, hemos reído y tonteado.

Después, cuando apareció el alba matutina, niña, ¡cuál no fué nuestra sorpresa! Entre nosotros estaba sentado el amor, el ciego viajero.

LXIII.

Dios sabe dónde se ha alojado la niña loca. Al traves

de la lluvia que caía, y con la maldición en la boca, he recorrido toda la ciudad.

Sin embargo, he ido de hotel en hotel, y me he informado de todos los mozos zafios.

De pronto la veo en una ventana; me hacía señas reventando de risa. ¡Podía yo adivinar, querida, que habítabas en ese espléndido palacio!

LXIV.

Como los sueños tenebrosos, las casas se extienden en largas filas. Envuelto en mi capa paso delante de ellas en silencio.

La campana de la catedral toca las doce; es la hora en que mi bien amada me espera con sus encantos y sus besos.

La luna es mi guía; alumbra amigablemente mi camino. Ya estoy ante el dintel de mi amada, y exclamo de alegría:

Te doy gracias, oh luna, mi anciana amiga, de haber iluminado tan bien mi camino. Ahora te despido; alumbra ahora para el resto del mundo.

Y si encuentras á un enamorado que se queja en silencio de los tormentos de su corazón, consuélate como me has consolado en las tristes horas de otro tiempo.

LXV.

Y así que seas mi mujer, tu suerte será verdaderamente envidiable: nada de pasatiempos, nada de placeres y alegrías.

Regáñame si quieres, regáñame y enfúrcete, lo sufriré con paciencia; pero si no alabas mis versos te dejo.

LXVI.

En tu blanco seno como la nieve he inclinado mi cabeza, y puedo sorprender secretamente lo que hace latir tu corazón.

Los husares azules tocan la trompeta y hacen su alegre entrada por la puerta de la ciudad. Mi bien amada, la bien amada de mi alma quiere abandonarme mañana.

Tú quieres abandonarme mañana, pero hoy aún me perteneces, y en tus bellos brazos quiero ser doblemente dichoso.

LXVII.

Los husares azules tocan la trompeta y cabalgan alegres hacia la puerta de la ciudad. Llego, mi bien amada, y te traigo un ramo de rosas.

Era un ruido terrible. ¡Qué confusión, qué chasquido de armas! En tu corazón pequeño había más de un alojamiento militar.

LXVIII.

¡Me eres realmente tan hostil! Realmente has cambiado? Quiero quejarme al universo entero de que me tratas tan mal.

¡Oh, labios ingratos! decid, ¿cómo podeis hablar mal del hombre que en sus hermosos días tan amorosamente os besó?

LXIX.

¡Ah! aquí están aún los ojos que en otro tiempo me saludaban amigablemente, y aquí también los labios que llenaban mi vida de dulzura.

También está la voz que oía de tan buena gana entonces. Yo solo, yo no soy ya el mismo; he vuelto todo transformado.

Enlazado en sus hermosos brazos blancos que me apretaban con amor, estoy allí en su corazón, allí esto y silencioso y cansado.

LXX.

Raramente, amigos míos, me habeis comprendido; raramente también he podido comprenderos. El día sólo en que los hemos encontrado en el fango, aquel día nos comprendimos sin trabajo.

LXXI.

Los castrados se han quejado cuando he alzado la voz; se han quejado, diciendo que mi canto era demasiado grosero.

Y graciosamente hicieron oír todos á la vez sus vocerías aflautadas y sus ruidas cristalinas. ¡Su canto era tan fino y puro!

Cantaban los deseos del amor, cantaban el amor y sus goces, y las mujeres derramaban lágrimas, todas desmayadas ante estas maravillas del arte.

LXXII.

En los arrabales de Salamanca, los aires son dulces y embalsamados; allí me paseo las tardes de verano con mi graciosa donna.

He rodeado con mi brazo el delgado cuerpo de la bella, y mis felices dedos sienten el orgulloso movimiento de su seno.



Pero un murmullo importuno se desliza á través de las hojas de los tilos, y un sombrío molino de agua murmura torpemente tristes presagios.

¡Ah! señora, mirad lo que me dice este presentimiento; un día seré arrojado por un decreto académico, y en los arrabales de Salamanca no iremos ya á pasearnos juntos.

LXXIII.

Cerca de mí habita D. Enriquez, que se llama tam-

bien el hermoso caballero. Nuestros cuartos están juntos; un sencillo muro nos divide.

Las damas de Salamanca tienen fuego en el corazón cuando él va por las calles, haciendo sonar las espuelas, retorciéndose el bigote y conduciendo su jauría de perros.

Sin embargo, en las horas silenciosas de la noche, está sentado solitario, con su

guitarra en la mano y los dulces sueños en su alma. Rasca las cuerdas temblando y se abandona á su fantasía.... ¡Ah! los ronquidos de sus acordes me dan náuseas.

LXXIV.

Apénas nos hemos visto, y ya en tus ojos, en tu voz comprendía que me querías. Si tu madre no hubiera estado allí, tu maldita madre, creo que nos hubiéramos abrazado al momento.

Y mañana dejo la ciudad y emprendo mi camino. Mi joven rubia estará allí mirándome, á la ventana, y yo le enviaré saludos afectuosos.

LXXV.

Sube el sol ya por cima de las montañas; á lo lejos se oyen resonar las campanillas del rebaño de corderos. ¡Oh, amada mía, mi cordero, mi sol, mi amor, cuánto desearía verte aún una vez!

Levanto los ojos, miro, espero inquieto.... — Adios, hija mía, abandono este país! — ¡Vana esperanza! no veo levantarse ninguna cortina. Descansa aún, duerme.... Sueña conmigo probablemente.

LXXVI.

En Halle, en la plaza del Mercado, se levantan dos grandes leones. ¡Ay, orgullosos leones de Halle, cómo os han puesto el bozal!

En Halle, en la plaza del Mercado, se levanta un gran gigante. Lleva espada, pero no sabe moverla, el miedo lo ha petrificado.

En Halle, en la plaza del Mercado, se levanta una grande iglesia. La *Burschenschaft* y la *Landmannschaft* tienen un sitio para orar.

LXXVII.

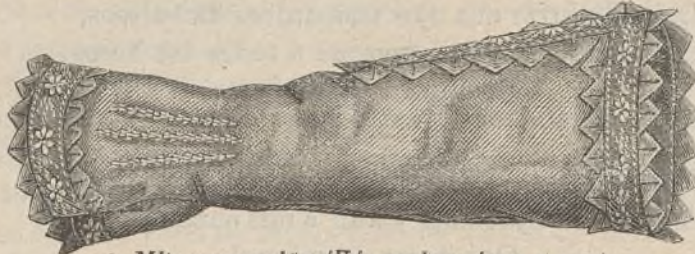
El crepúsculo de las tardes de estío se extiende por los bosques y los verdes prados. La luna de oro, desde lo alto del cielo azul, inunda con su claridad una atmósfera embalsamada de perfumes.

El grillo canta á orillas del arroyo; alguna cosa se extremece en el seno del agua; el viajero oye un murmullo y como una respiración en el silencio de la noche.

Allá abajo, sola, en las aguas de la fuente, se baña la bella Ondina; sus brazos, sus espaldas



7. Tapete bordado en tela adamascada (Véanse los núms. 9 á 10.)



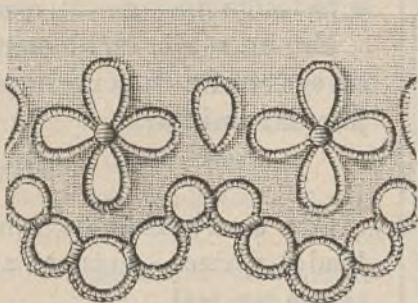
6. Miton para niña. (Véanse los núms. 4 y 5.) (Patron: pliego por el revés, núm. IX, figs. 49 y 50.)



15. Bolsa para la labor. (Véase el núm. 32.)



11. Cuerpo escotado para niña. (Patron: en el pliego por el revés, núm. VIII, figs. 46 á 48.)



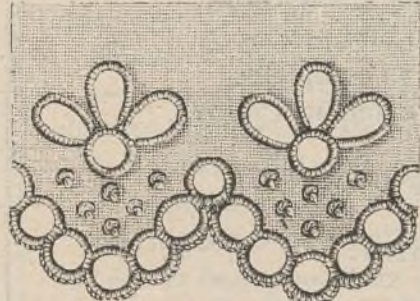
13. Cenefa para el cuerpo núm. 11.



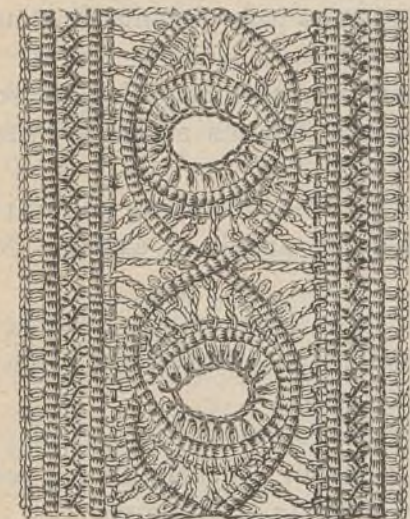
16 y 17. Delantales para niña. (Véanse los núms. 18 y 19.) (Patron: en el pliego por el revés, núm. VII, figs. 43 á 45.)



12. Espalda del cuerpo núm. 11.



14. Cenefa para el cuerpo núm. 11.



9. Entredos para el tapete núm. 7.

LXXIX.

La muerte es la fría noche; la vida el día pesado. La sombra desciende, tengo sueño; el día me ha cansado.

En mi jardín se alza un árbol, en él canta el joven ruiseñor; canta el amor, y yo lo oigo hasta en mis sueños.

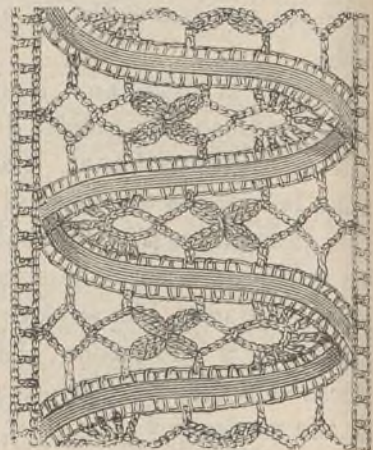
LXXX.

Dí; ¿dónde está esa hermosa tan amada que tú cantabas tan bien en otro tiempo, cuando las llamas mágicas abrasaban tu corazón?

—Las llamas se han extinguido; mi corazón está frío y triste, y este librito es la urna en que reposan las cenizas de mi amor.

VICENTE CUENCA.

(Traducción.)



10. Entredos para el tapete núm. 7.

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Esa poderosa nación, compuesta de dilatadas comarcas, en cuyos dominios reinan los más opuestos climas, á la que rinden vasallaje diversos mares, y que parece destinada hoy á ser el árbitro de los destinos del mundo, cuenta apenas tres siglos de existencia.

Puede decirse que nació ayer, y que ha crecido con la rapidez con que crecen los gigantes.

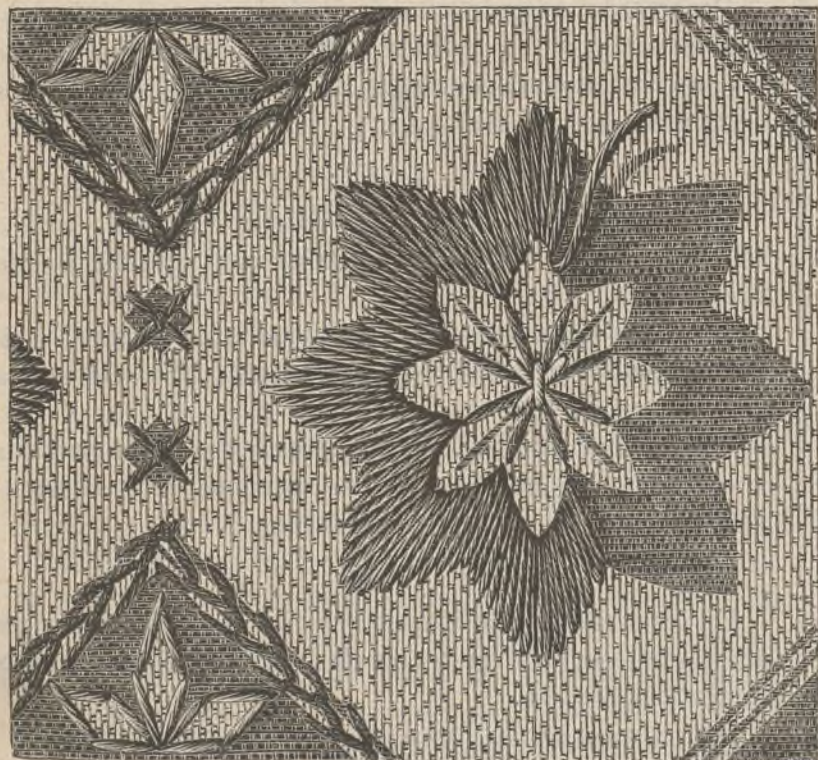
En la época en que se efectuaron los extraordinarios acontecimientos que nos proponemos relatar, no estaba muy lejos aquel tiempo en que Rusia era la humilde tributaria de los tártaros, y en que los príncipes soberanos de Moscov cuando llegaba un embajador de aquella nación, salían á pie de la ciudad para recibirle, se prosternaban á sus plantas, y le presentaban una copa llena de *cumiz*, (1) oyendo después, con la cabeza descubierta, y siempre de rodillas, los mandatos que debía transmitirles de parte de su señor.

Eran, sin embargo, los rusos altivos y valientes, y sólo tascaban el duro freno inundándolo de espumarajos de cólera.

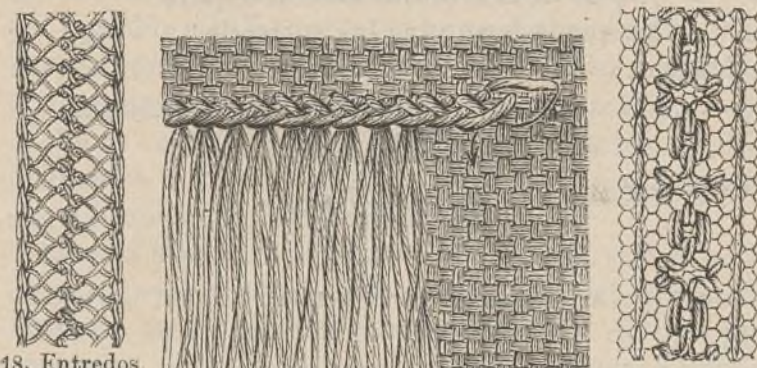
A mediados del siglo XV lució para ellos un día sereno con el advenimiento al trono de Ivan III, de la familia de los Vassilievitch, que se apellidó el *Soberbio* y que sustituyó el título de czar al de gran duque que llevaban sus predecesores.

Quiso este príncipe romper de una vez el yugo que le sujetaba á los mogoles, y dió comienzo á su atrevida empresa con un acto que llenó de estupor á sus propios enemigos.

(1) Aguardiente espirituoso extraído de la leche de menta, que se bebe todavía entre los kalmukos.



8. Bordado para el tapete núm. 7.



18. Entredos para el delantal.

20. Fleco para alfombra. (Véase el núm. 21.)

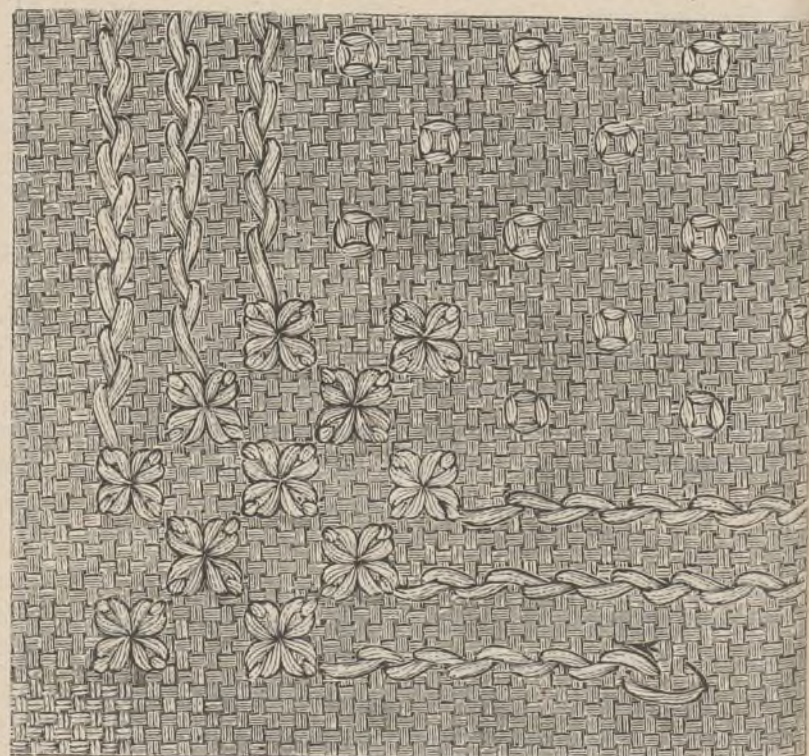
19. Entredos para el delantal.

blancas y graciosas, brillan á los rayos de la luna.

LXXVIII.

La noche se extiende en caminos desconocidos; mi corazón está enfermo, mis miembros fatigados. ¡Ah! á lo menos, como una bendición silenciosa, ¡oh, dulce luna! tú derramas sobre mí la luz.

Dulce luna, con tus rayos ahuyentas el horror de la noche. Siento mis dolores disiparse y mis mejillas que se cubren de fuego.



2. Ángulo para tapete bordado, an cañamazo Java.



vida el día  
ngo sueño;  
en el canta  
r, y yo lo

can amada  
ro tiempo,



a el tapete

cas, encu-  
a los más  
, á la que  
diversos  
rece desti-  
el arbitra  
el mundo,  
siglos de

que nació  
ido con la  
cen los gi-

se efec-  
ordinarios  
e nos pro-  
, no esta-  
el tiempo  
la humil-  
los tártar-  
principes  
cou cuan-  
mbajador  
n, salian á  
para re-  
ornaban á  
presenta-  
llena de  
despues,  
scubierta,  
dillas, los  
ebia tras-

es, y sólo  
arajos de  
dia sere-  
la fami-  
Soberbio  
an duque

z el yugo  
enzo á su  
e estupor

he de



Pl. 294°

4226

EL CORREO DE LA MODA.  
*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Plaza de Isabel II<sup>a</sup>, 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



Quando se p  
diputados del l  
tributo impues  
los mandó de  
dejando á uno  
para que fuese  
señor que Iva  
independiente.  
Este acto viol  
gico, dió márg  
guerras entre a  
pero Rusia qu  
dremolando po



22. Cuerpo para  
por el revés núm.

pendon de su  
bertad.

Ivan III m  
Ivan IV, suce  
subió al tron  
aquél gran pr  
mo nombre en  
virtudes.

Apellidaron  
ticia el *Terrib*  
se que aspiró  
Neron y con  
pujándoles m  
crueldad dur  
su vida.

No mancha  
meracion de s  
por sí mismo.  
mosas, la esp  
ricos, el dest  
litanos que se  
sangre y exte  
su eterno opr  
anales de su p  
ba contra su  
enemigos: du  
hubo vida, h  
gura, y cuan  
cuna, más br  
tudes, atraían  
mente el hach

Imposible p  
pueblo viril y  
diese sufrir e  
ga servidum

No siempre  
de las víctim  
ramar estéril

Viazemski  
de Nijni-No  
había hecho  
un hermano  
lion, se procl  
organizó un  
los desconten  
dera y march

La ocasion  
El sultan  
do, rey de P  
y los tártar  
Viazemski  
objeto de de



acero,



Quando se presentaron los diputados del kan á recibir el tributo impuesto á los rusos, los mandó degollar á todos, dejando á uno solo con vida para que fuese á decir á su señor que Ivan se declaraba independiente.

Este acto violento, pero enérgico, dió margen á sangrientas guerras entre ambas naciones, pero Rusia quedó vencedora, tremolando por todas partes el



22. Cuerpo para jovencita. (Patron: por el revés núm. VI, figs. 39 á 42.)

pendon de su conquistada libertad.

Ivan III murió en 1505, é Ivan IV, sucesor de Basilio IV, subió al trono, no imitando á aquél gran príncipe de su mismo nombre en ninguna de sus virtudes.

Apellidáronle á éste con justicia el *Terrible*, y puede decirse que aspiró á competir con Neron y con Calígula, sobrepujándoles muchas veces en crueldad durante el curso de su vida.

No mancharemos estas páginas con la sangrienta enumeración de sus bárbaros decretos, que ejecutaba á veces por sí mismo. El ramo de las doncellas y mujeres hermosas, la espoliación ó la muerte de los que pasaban por ricos, el destierro ó el encarcelamiento de los metropolitanos que se atrevían á desaprobare su sed de sangre y exterminio, son los actos que, para su eterno oprobio, dejó consignados en los anales de su patria. Lo mismo se ensañaba contra sus amigos que contra sus enemigos: durante su reinado, no hubo vida, honra ni hacienda segura, y cuanto más alta era la cuna, más brillantes las virtudes, atraían más prontamente el hacha del verdugo.

Imposible parece que aquel pueblo viril y casi primitivo pudiese sufrir en silencio tan amarga servidumbre.

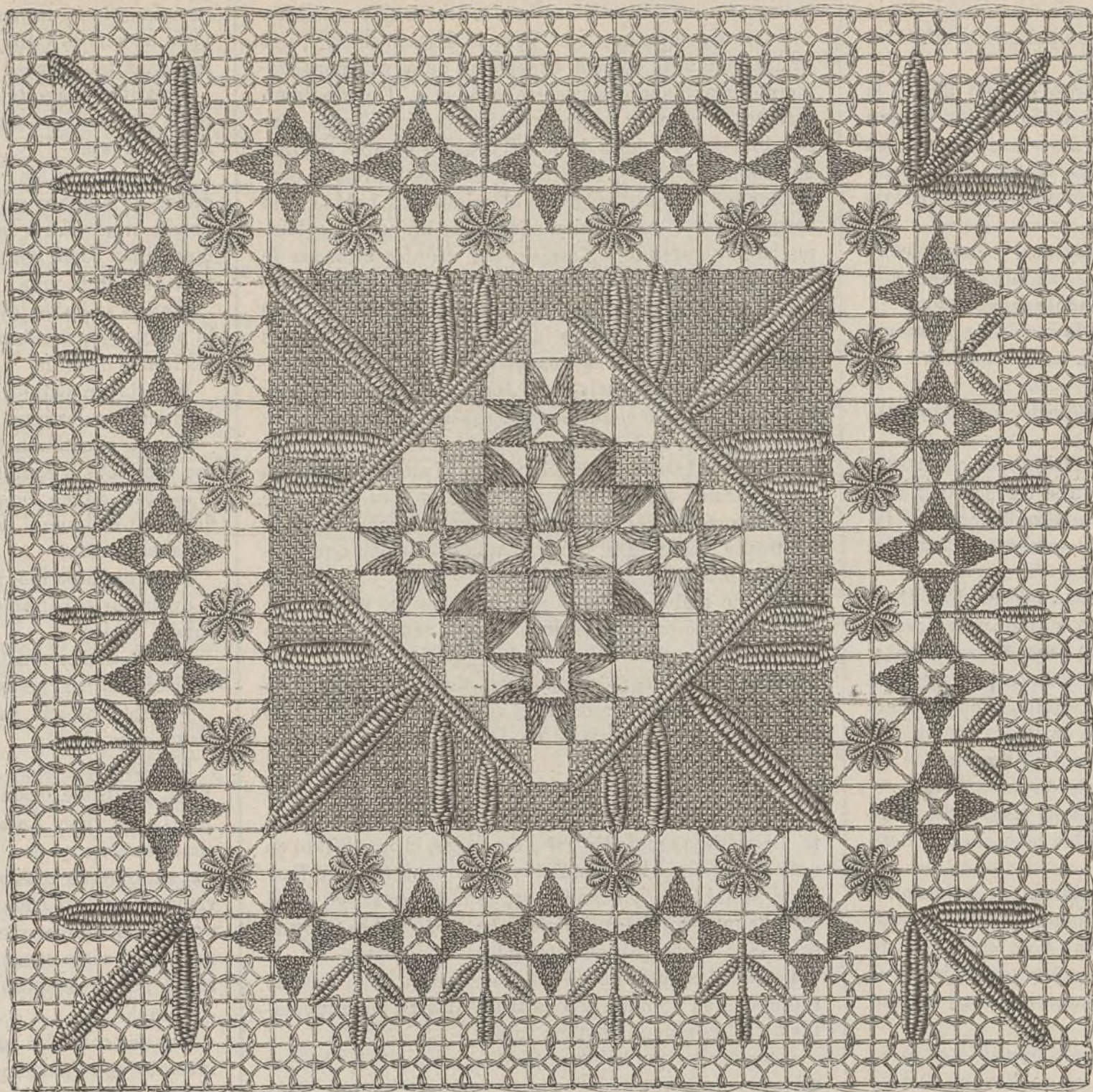
No siempre, sin embargo, los deudos de las víctimas se contentaban con deramar estériles lágrimas.

Viazemski, gobernador de la ciudad de Nijni-Novgorod, al saber que Ivan había hecho matar injusta y cruelmente á un hermano suyo, dió el grito de rebelión, se proclamó príncipe independiente, organizó un ejército, reforzado con todos los descontentos que corrieron á alistarse bajo su bandera y marchó sobre Moscou.

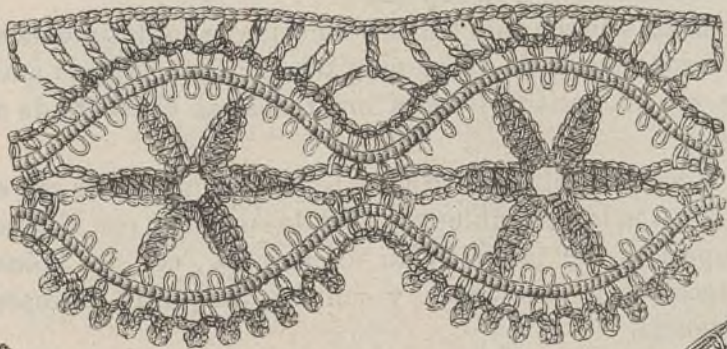
La ocasión era propicia.

El sultan Selim amenazaba á la Rusia; Segismundo, rey de Polonia, se le mostraba hostil y los suecos y los tártaros devastaban el país.

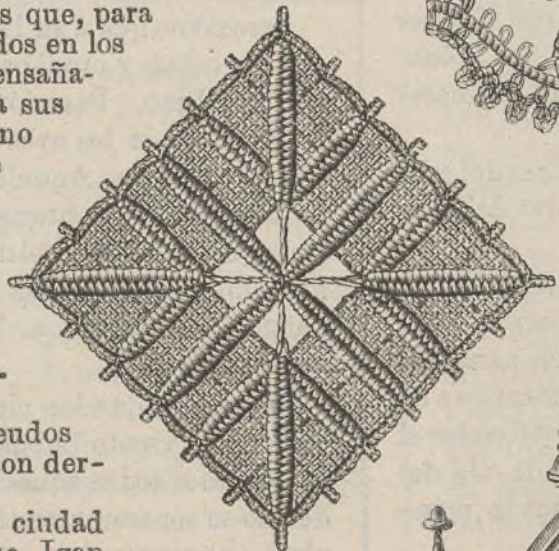
Viazemski se coaligó con el kan tártaro Mengli, con objeto de derribar al tirano y parecía seguro el triunfo.



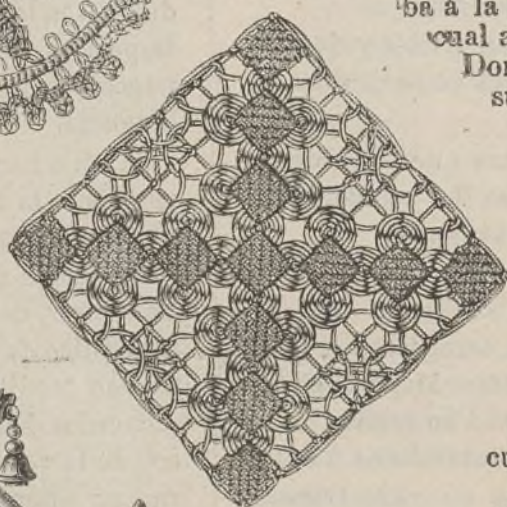
24. Cuadro malla guipure.



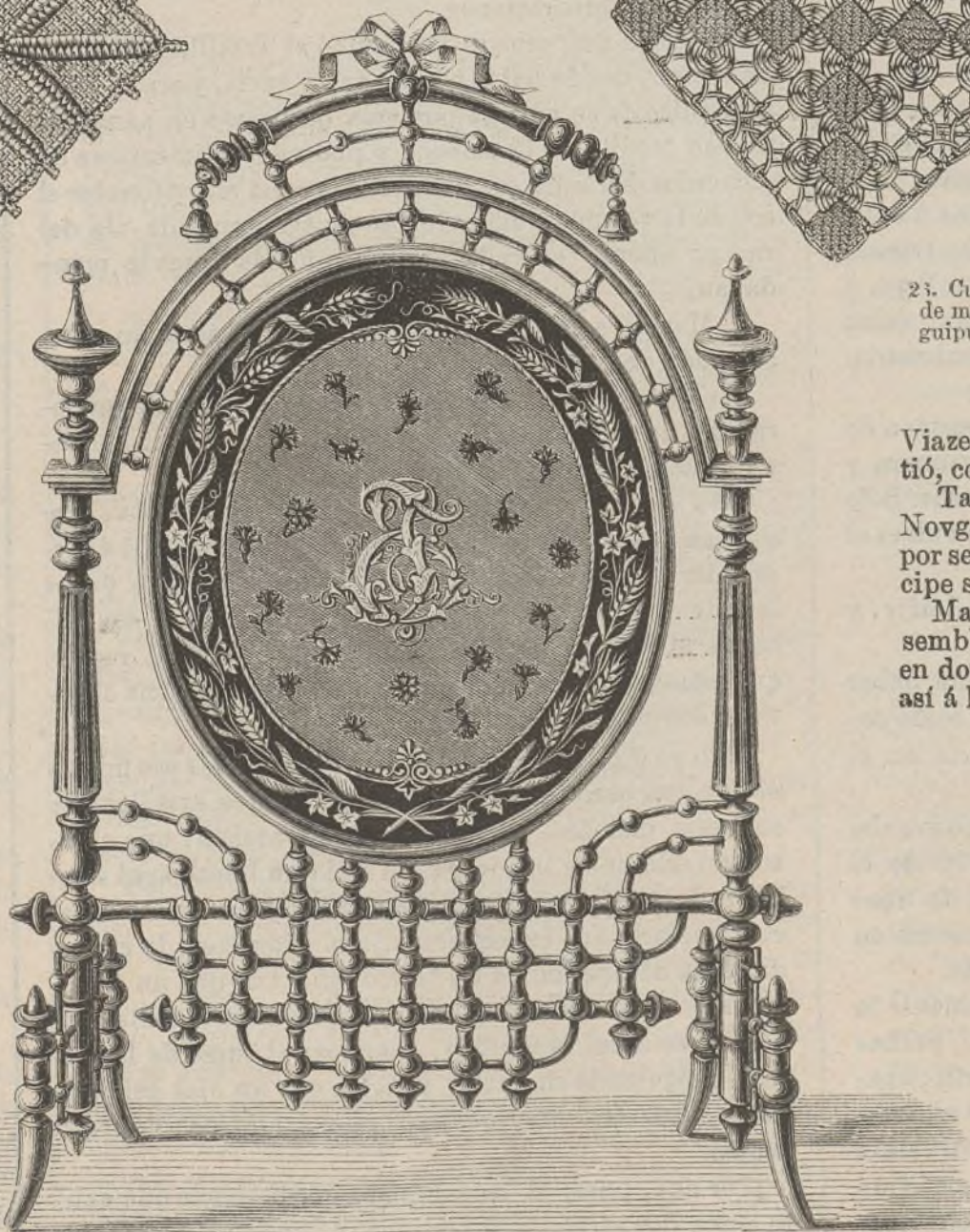
27. Puntill de crochet y trencilla.



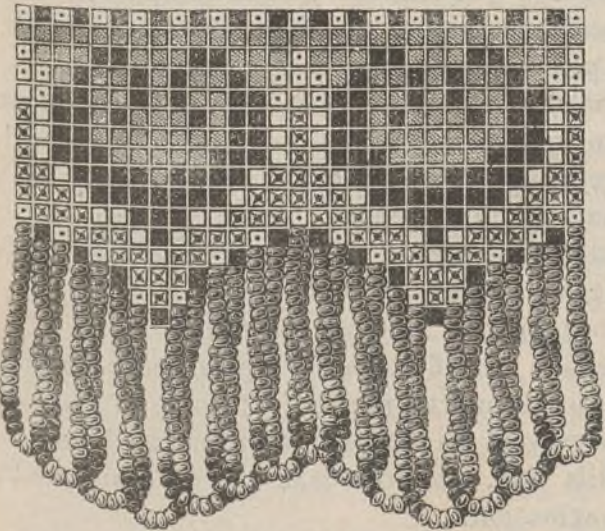
25. Cuadro de malla guipure.



26. Cuadro de maya guipure.



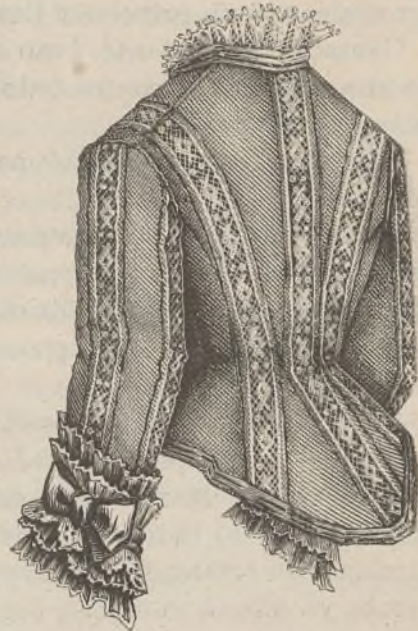
28. Pantalla de chimenea. (Dibujo: en el pliego de patrones por el derecho, figs. 30 á 32.)



29. Bordado y fleco de cuentas. (acero, blanco, leche, granate, oro.)

29. Bordado y fleco de cuentas.

Pero la suerte que se le mostraba favorable al principio le volvió repentinamente la espalda. Mengli fué derrotado al pasar el río Oka, y él tuvo que retroceder y refugiarse dentro de los muros de la ciudad rebelde. Tras una larga y heroica resistencia cayó ésta en poder de Ivan, que la trató con más benevolencia que la acostumbrada.



23. Cuerpo para jovencita. (Patron: pliego por el revés, núm. VI, figs. 39 á 42.)

Viazemski huyó, buscando su salvación en Polonia, y fué á pedir hospitalidad á Mnichek, padre de Marina, á quien le unían los lazos de una amistad muy antigua.

Aunque le vió fugitivo y miserable, Mnichek no olvidó que había ceñido una diadema, no olvidó sobre todo que gozaba de mucha popularidad en Nijni-Novgorod, y que no todos sus partidarios habían depuesto las armas. Hasta la inusitada tolerancia de Ivan, le probaba que

le tenía y que su causa no estaba del todo perdida. Merced á estas consideraciones, abrió las puertas de su palacio al príncipe, y le alojó, no como á un triste fugitivo, sino como á un soberano.

Había robustecido esta determinación, tan contraria á su avaro y egoísta instinto, el ver que Viazemski llevaba á la grupa un tierno niño, hijo suyo, en el cual adivinó al coronado amante de su hija.

Dominado por esta idea, ofreció á Viazemski su apoyo para volver á Nijni-Novgorod, en donde le esperaban ardientemente sus partidarios, y á un interés en esta empresa á todos los palatinos de los alrededores.

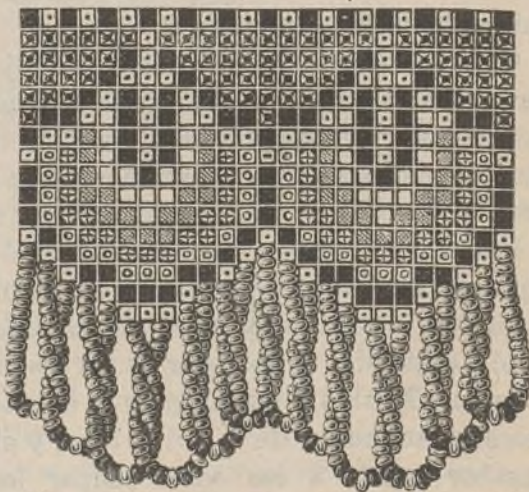
Trataba nada ménos que de derribar á Ivan IV y poner en el trono al príncipe fugitivo.

Á costa de muchos esfuerzos logró, pues, Viazemski reunir un pequeño ejército de aventureros, con el cual penetró en el imperio.

Antes de abandonar, empero, á Sandomir, Mnichek, que estaba íntimamente convencido de la realización de su sueño, exigió de su amigo que consintiera en desposar á su hijo con Marina, que apenas contaba cinco años. La ceremonia se efectuó tal como Mnichek deseaba, y Viazemski, dejando en Sandomir al esposo niño, partió, como hemos dicho, á su arriesgada expedición.

Tan mágico influjo tenía su nombre en Nijni-Novgorod, que al saber su marcha la ciudad se rebeló por segunda vez, y por segunda vez le aclamó por príncipe soberano.

Mas ¡ay! la fortuna no había cambiado para él de semblante; fué cogido prisionero y llevado á Moscou, en donde Ivan IV le hizo sacar los ojos, exponiéndole así á las fieras, las cuales le destrozaron y se cebaron



30. Bordado y fleco de cuentas. (negro, acero, cristal, blanco, leche, oro, azul.)

30. Bordado y fleco de cuentas.



en él, delante de la multitud que asistía á este espectáculo y que á ejemplo del emperador batía palmas en muestras de regocijo.

Cuando la noticia de este horroroso castigo llegó á la ciudad rebelde, lejos de abatirlos, encendió los ánimos en nueva ira, y todos fijaron con amor sus miradas en aquel tierno niño de diez años, único vástago de un príncipe tan amado, escudándose con su nombre para continuar la lucha.

Mnichek, pues, no perdió la esperanza, y guardó consigo á Jorge, llamándole hijo suyo, dándole la educación conveniente á un príncipe y llenándole de agasajos.

Cansado, no obstante, Ivan de la insolente jactancia de una sola ciudad contra todo su poder, mandó á ella cuantiosas fuerzas.

Nijni Novgorod sucumbió; pero quedó reducida á escombros.

Cuando Mnichek supo este acontecimiento, vió desvanecerse del todo sus esperanzas, varió de conducta respecto al huérfano, y el infeliz niño, falto de padre, de familia y de fortuna, fué ignominiosamente echado del castillo.

Jorge, que así se llamaba, contaba entonces doce años; pero aquel ultraje quedó grabado en su corazón con caracteres de fuego. Marina tenía siete; pero generosa, leal y amante, deploró la injusta conducta de su padre, y juró consagrar su existencia al triste huérfano, al cual consideraba ya como á su esposo. Jorge, en su desamparo, fué recogido por un anciano labrador de las cercanías de Sandomir, el cual le confió la guarda de sus ganados.

El príncipe, pues, se trocó en pastor, y aprendió á divertirse con los dulces sonidos de la flauta su amargo consuelo.

Pero Marina le era fiel en la desdicha; la pobre niña no se olvidaba nunca de escaparse por la puerta falsa del parque al caer el día, é ir á esperar á su esposo en la avenida del castillo. Allí los dos niños se arrojaban el uno en los brazos del otro, y permanecían largo tiempo llorando.

Jorge sabía que el Palatino nunca consentiría en reválidar su casamiento con la joven, si no llevaba en dote una corona.

—Yo la conquistaré de laureles, decía el niño arrebatado de entusiasmo; yo juro conquistarla y rendirla á tus pies, mi dulce esposa, aunque esté enrojecida con mi sangre.

Marina alzaba sus ojos llenos de lágrimas al cielo, por que sabía que Dios es el único que tiene en sus manos el destino de los mortales y puede dar la dicha.

Cuando se separaban, ambos estaban tristes y desolados; cuando se volvían á ver, sus ojos centelleaban de alegría.

Nada había más dulce que la ternura que se profesaban aquellos dos niños, ternura que se iba robusteciendo con los años, las lágrimas y las privaciones.

Jorge andaba toda una noche para coger una flor, que crecía entre los hielos, en la cúspide de los montes, y ofrecerla á su adorada; desafiaba las tempestades para postrarse un solo momento á sus plantas: Marina se privaba hasta de lo necesario para dárselo á su esposo.

Un día, silbaba el viento, el trueno retumbaba á los lejos, la lluvia caía á torrentes, y Marina no pudo esperar á Jorge en el lugar acostumbrado. Cuando éste llegó, á pesar de los elementos, y no halló á su adorada, quiso forzar las puertas del castillo. Las guardias le rechazaron y le obligaron á volver mal herido á su cabaña.

Así que Marina lo supo se descolgó por la ventana de su aposento, corrió desalada al través de los campos, y fué á postrarse á la cabecera del lecho de su amante. Sólo cuando le vió fuera de todo peligro consintió en volver al castillo.

Este suceso produjo mucha sensación en Sandomir, y llegó á oídos del Palatino.

Mnichek había partido á la corte, después de haber expulsado á Jorge de su casa, sin prever, falto como estaba de sentimiento, que éste pudiese abrigarse en el tierno corazón de su hija.

Cuando lo supo llegó al colmo su enojo, y como gozaba de mucho favor cerca del rey de Polonia, solicitó de él la anulación del contrato de Marina y la orden de destierro para Jorge, so pretexto de que su permanencia en Sandomir podía excitar la saña del czar de Rusia.

Provisto de ambos documentos, dió prontamente la vuelta al palatinado, y como un negro nubarrón, preñado de lluvia y de rayos en el sereno cielo del estío, apareció á enturbiar el porvenir de los dos infelices esposos.

Jorge y Marina lloraron; pero él había saludado veinte veces los renuevos de la primavera, y ella quince, ¡qué sinsabor puede á esa edad disipar los mágicos fantasmas que forjan las ilusiones? En ese bello período de la vida, el alma lo espera todo del mañana: confía á la par en los hombres, en la naturaleza, en Dios y en sus propias

fuerzas: cree dominar el universo y vencer los imposibles.

Hacia algún tiempo que Yermak Timopheivitch, jefe de una banda de cosacos expulsados de su país por el gobierno ruso, había descubierto la Siberia. Dotado de un carácter enérgico y de un espíritu atrevido, había derrotado á muchos jefes de aquella región y había rendido homenaje á Ivan IV, solicitando de él los medios de consolidar sus conquistas. Estos ofrecimientos habían sido acogidos por el czar, quien además de un perdón solemne, había conferido á Yermak, por cédulas firmadas de su propio puño, el título de príncipe de Siberia. Se habían levantado con actividad en muchos puntos de este vasto territorio ciudades y fuertes, que asegurasen á los sucesores de Yermak la posesión de un país rico en metales y en piedras preciosas, y Jorge resolvió ir á ofrecer su espada á aquel conquistador, esperando por este medio rehabilitar su fortuna.

Todos los habitantes de Sandomir le amaban, todos se apresuraron á equiparle para el viaje; y para que Jorge pudiese presentarse á Yermak con una pequeña partida de tropas salariales, hicieron una cuestación que produjo los más lisonjeros resultados.

Cuando ambos amantes se despidieron no pronunciaron ni un solo juramento, pues estaban seguros de amarse eternamente.

Jorge partió alegre, porque veía flotar delante de sus ojos el tornasolado manto de la esperanza: Marina quedó tranquila, porque tenía fe en Dios y en su propio corazón.

Durante los primeros cuatro años, la fama llevó constantemente á sus oídos el eco de los triunfos de su amante. La victoria seguía los pasos de Jorge, el cual dilató en muy poco tiempo las conquistas de Yermak con una facilidad asombrosa, y cuando este caudillo se ahogó en el Irutche, el día 5 de Agosto de 1584, Jorge fué el solo que se atrevió á proseguir sus portentosas conquistas.

Pasados los cuatro años, el clarín de la fama dejó de reproducir su nombre, y á la triste Marina no le fué dable ya saber ninguna noticia suya.

Unos decían que había perecido á manos de las hordas salvajes, otros que se había proclamado soberano independiente de una dilatada región, y que había compartido su trono con otra esposa.

Marina se sonreía: Marina conocía por los latidos de su corazón que el de Jorge palpitaba todavía; Marina amaba con demasiada fe para creer desleal al objeto de su culto.

Y así pasó otros cinco años, teniendo que luchar con su dolor, con la inflexible voluntad de su padre, con el amor imperioso del primogénito de Polonia, con los homenajes de la grandeza, y con los ataques de la maledicencia.

Marina hacía como aquellos primeros mártires del cristianismo: la llama de su amor brotaba más viva del llanto y de las persecuciones.

Su padre despedido la confinó al castillo cercano á Sandomir, donde había pasado su infancia, y era la época más dulce de su vida la que veía deslizarse en aquel sitio, en medio de la soledad y pudiendo alimentarse de recuerdos. En cada suspiro del aura creía allí reconocer el eco de la voz de su adorado, su imagen en cada ola del río, su aliento en cada perfume que las flores le mandaban.

Y Marina era feliz, tanto como puede serlo un alma separada de su alma compañera!

¿Es cierto que algunos espíritus privilegiados, desembarazados de las pesadas ligaduras de la materia, tienen comunicación con los espíritus divinos?

Bien sé que este siglo calculador y materialista, este siglo en que el orgullo humano, porque ha acertado á sorprender algunos misterios de la naturaleza, cree poder leer de corrido en sus divinas páginas y sujetar sus milagros al dominio de su estéril ciencia, bien sé, repito, que este siglo ha tomado por lema el desprecio hacia cuanto no comprende.

Pero yo diría á los soberbios incrédulos, que esa misma naturaleza, muda para los espíritus groseros, está llena de sublimes melodías para el oído de un artista; que el estúpido sólo ve en la bóveda del cielo un lienzo azul sembrado de lentejuelas, y experimenta la misma sensación al contemplarlo que experimentaría si examinase la embaldurnada decoración de un teatro: mientras que un talento superior, comprende y adivina todas las maravillas que oculta ese dosel magnífico, interroga el curso de los astros, y siguiendo su huella, penetra con los ojos del alma hasta el sagrario de *Aquel* que es el sol de los soles rutilantes.

¿Por qué, pues, si reconocemos la diferencia que existe entre dos seres, la diversidad de comprensión entre dos mentes, hemos de negar que algunos espíritus privilegiados se adelanten al común de los mortales, y alcancen á entrever las regiones de la dicha? ¿Es razón que

neguemos la feraz vegetación submarina, porque nuestra vista no acierte á distinguir sus sinuosidades al través de las aguas del Océano?

Volátil es el águila, y no obstante es la única en su especie que se atreve á tender sus alas hacia el sol y mirarle cara á cara.

Necio es creer las consejas del vulgo; pero más necio es dudar de algunos milagros de la creación, cuando nos vemos precisados á confesar, sin comprenderlas, tantas maravillas como despliega á nuestros ojos en todos los instantes de la vida.

Marina se había levantado en la mañana precedente á la noche de que hablamos, y había corrido á arrojarle en los brazos de Yola.

Parecía un pálido lirio tronchado por el vendaval, y brillantes perlas surcaban sus mejillas.

Si aya nunca la había visto entregada á un desorden tan completo, y exclamó sobresaltada:

—Alma de mi vida, luz hermosa de mi alma, única flor que perfuma mi existencia, ¿de qué procede tu desconsuelo, habla?

Es tu cariñosa madre la que te escucha, y está pronta á derramar el bálsamo del consuelo sobre todas tus heridas; habla!

Pero la emoción sofocaba á Marina, y en vano trataba de coordinar sus ideas extraviadas.

—Habla, repetía su aya dulcemente, tierno encanto de mi vida, habla.

La doncella apoyó su lánguida cabeza en el seno de Yola, y murmuró con voz débil:

—Le he visto! Le he visto! repuso enderezándose repentinamente, y con un fuego incompatible al parecer con su extremo abatimiento. Le he visto; pero no sonriendo y amante como otras veces, no rodeado de vivísimos resplandores y ciñendo una corona de diamantes, no! Le he visto ensangrentado y arrastrándose como un reptil por el cenagoso cauce del río.

Escucha:

Era de noche. La luna brillaba en el cielo como en el instante de su partida.... las aves dormían, la brisa suspiraba.... las aguas del Vístula eran tan lisas y transparentes como el más brillante espejo.... Yo estaba apoyada en el puente, y contemplaba la estela de plata que dejaban en pos de sí los rayos de la luna....

De repente oí retumbar de peña en peña el horrible estampido del trueno, un negro crespon cubrió la bóveda estrellada, y en lugar del suave resplandor de la luna, la atmósfera se tiñó de un sangriento reflejo.

Parecióme que á su luz siniestra se animaban las rocas y los árboles, y cruzaban delante de mis ojos en un raudito torbellino. Parecióme oír mil lastimeros gemidos mezclados con los ayes de los vientos, y el terror paralizó mis fuerzas. Aquellos gigantes de granito, aquellos fantasmas de cien brazos y cabellera de crugientes hojas proseguían dando vuelta á mi alrededor con una rapidez increíble, y á dó quiera que dirigía mis pasos me perseguían encarnizados.... Transida de terror evoqué su nombre.

Parecióme que los cimientos del universo se desquiciaban; un viento impetuoso barrió el suelo, arrastrando en pos de sí todas aquellas temidas fantasmas; las aguas del río se separaron trasformándose en dos montañas de plata que terminaban en el cielo, y en el centro del abismo que quedó descubierto á mis ojos, vi pulular un extraño enjambre de monstruos marinos y asquerosos reptiles.

Un hombre se arrastraba penosamente por encima de ellos y daba tales quejidos que me partían el alma.

Era Jorge....

Me arrodillé en la orilla, le tendí los brazos.... El infeliz hizo vanos esfuerzos para agarrarse á los arbustos que crecían en los lados de la profunda sima.... Tres veces intentó llegar hasta mí, y tres veces volvió á caer hasta el fondo del abismo.... Entonces de sus ojos brotó un rayo de fuego que iluminó toda la campiña, y de su pecho se escapó un suspiro que hizo estremecer los árboles y las peñas, las aguas y el firmamento.

Quise abalanzarme á él para salvarle ó morir en sus brazos; pero las dos montañas de hielo se trocaron de nuevo en vaporosa espuma, y el río apareció otra vez á mis ojos como un unido espejo....

Marina guardó silencio, y dejó vagar sus errantes miradas por los objetos que la rodeaban.

—¿Y bien? preguntó Yola con ansiedad.

La doncella la miró fijamente y repuso con voz sorda:

—Jorge no ha muerto, pero sufre; Jorge volverá en breve, pero volverá tal vez para morir en mis brazos.

—Pero, hija mía, esto no es más que un sueño de tu exaltada imaginación.

—Cuando la materia duerme el alma se espiritualiza, y libre de su heterogénea carga, se remonta hasta la esfera y mide con su vista de águila el porvenir de los tiempos.



Cuando una espesa niebla cubre nuestros campos, ¿qué es lo que aciertan á distinguir nuestras miradas? Ven confusamente el esqueleto de los árboles más cercanos, y lo demás del paisaje queda envuelto en una sábana cenicienta; pero si un rayo de sol rasga los opacos pabellones de la niebla y los disipa, nuestros ojos abrazan con delicia hasta el último confin del horizonte.

¿No has visto á la ciega Susana que reconoce por el sonido de sus pasos á las personas caritativas que ponen en sus manos una limosna, y no sabes que el sordo Kerisuff se jacta de que descubre la fortaleza de Iliman desde la cima de nuestros montes?

Cuando los órganos de la materia yacen sin vida, los órganos del alma alcanzan el más alto grado de intensidad que el Eterno les concede.

Jorge va á volver, madre mía, pero vuelve desgraciado. No temas, yo me sobrepondré al dolor que desgarró mi alma! Si es infeliz le daré en prenda mi vida; si espira en mis brazos, alcanzaré, con mi sumisión á los decretos eternos, la dicha de seguirle á su mansion gloriosa.

Es mi esposo, Yola, bien lo sabes.

Cuando apenas empezaba á formular la cotidiana plegaria al Salvador del mundo, me enseñaron á darle ese título sagrado y á mezclar su nombre en mis oraciones. Lazos que el Eterno ha sancionado, no pueden quebrantarse los hombres por mundanas ambiciones.

Si el destino le hubiese sonreído, tal vez mi constancia hubiera flaqueado; pero mientras sus ojos viertan llanto, siempre me hallaré dispuesta á compartirlo. Dios, mi conciencia y mi amor me lo prescriben; mi amor, mi conciencia y Dios me darán fuerzas para vencer en la lucha.

Y Marina se arrancó de los brazos de su aya para ir á postrarse ante la imagen de la que es dulce consuelo de afligidos.

Cuando llegó la noche, obedeciendo á la voz de su presentimiento, abandonó en silencio el castillo, y hé aquí por qué se hallaba inmóvil en el puente, fijos sus ojos en las relucientes ondas del río, y recogiendo con avidez todos los vagos sonidos de la naturaleza.

La argentina campana de la Catedral había dado las tres, y con tres lúgubras sonidos habían respondido simultáneamente todas las iglesias de Sandomir.

Marina sintió como otras tantas veces que fallecía su esperanza...

De repente creyó oír á lo lejos el sordo rumor de un cuerpo pesado que se arrastraba sobre la yerba...

Marina apartó los ojos del río para fijarlos en el cercano bosque de pinos.

El ruido se acercaba, se acercaba sin cesar...

—Tal vez será algún oso, pensó la doncella estremeada.

Entonces corrió á la entrada del puente, y trepando por una roca saliente, se guareció bajo la protectora sombra de un árbol.

No se atrevía á respirar, temerosa de que la vendiera cualquier ruido. Poco á poco, sin embargo, pudo recuperar su serenidad primitiva, y examinando los objetos que la rodeaban distinguió una cosa informe que se deslizaba por la pendiente del monte; pero aquella cosa iba precedida de una figura humana cuya silueta se dibujaba entre la sombra.

Marina redobló su atención.

Pronto reconoció que aquella cosa era un trineo arrastrado por un hombre.

Cuando éste llegó á la entrada del puente se detuvo.

—Ya hemos llegado, dijo en voz baja.

Un profundísimo suspiro respondió á sus palabras, y Marina vió salir del trineo dos rayos de fuego, como los que durante su sueño en la noche precedente habían iluminado la campiña.

—¡Ay! exclamó una voz doliente, ¡ay, amigo...! ¡Creía que mi alma era fuerte, y mi alma es impotente ya como mi cuerpo! Me siento desfallecer á la vista de esas casacas... Ven, mi amigo, ven... ¡Enderézame algún tanto...! Que puedan mis ojos contemplar por postrera vez todo el paisaje...

El trineo se había detenido en un sitio en donde reflejaban de lleno los rayos de la luna. El hombre que lo conducía cogió un tronco humano que yacía en el fondo del tosco carreton y lo sostuvo en sus brazos.

Aquel tronco era el de un hombre de perfecta belleza; pero al cual faltaban los pies y las manos.

Nunca los rayos de la luna habían iluminado un rostro más varonil ni que revelase una majestad tan altiva. Sus ojos despedían rayos de inteligencia, y sus cabellos negros como las alas del cuervo caían en largos bucles sobre sus espaldas. Su voz tenía aquel timbre sonoro que revela una voluntad poderosa y las aspiraciones del mando.

Pero en aquel momento su altiva frente estaba incli-

nada hácia el suelo, y un raudal de lágrimas brotaba de sus ojos.

El dolor había impreso con sus indelebles pinceladas el sello del sufrimiento en aquel hermoso rostro.

Largo rato permaneció en aquel estado de abatimiento, guardando un sombrío silencio.

—¡Lo veis! dijo por fin su compañero con brusco pero sentido tono, esta emoción, por la cual hemos hecho tantos sacrificios, por la cual hemos atravesado dilatadas estepas y desiertos de hielo, os costará la vida!...

Una amarga sonrisa entreabrió los labios del desdichado jóven.

—¡Oh, no! repuso vivamente su compañero, no pronuncieis esa palabra cruel que adivino en vuestra sonrisa...

—¡Por mí!... ¡Por mí que tanto os amo, rechazad tan triste idea!... ¡Ah! ¡por qué os habeis obstinado en visitar estos sitios! ¡por qué he sido débil en acceder á vuestro anhelo.

—¡Es la última vez, Alejo, la última!... Mira... ¡ves ese altivo castillo sombreado por los árboles! ¡allí está! ¡allí tal vez duerme la que jamás debo volver á ver... la que me rechazaría horrorizada!... Mira... aquella casita blanca, escondida entre los árboles, fué la choza hospitalaria en donde en mi orfandad hallé consuelo... ¡Mira, mira, por estas laderas conducía mis alegres ovejas; por esos bosques perseguía infatigablemente las fieras; debajo de aquel pino me esperaba todas las tardes ella... á orillas de este río escuchaba sus tiernos acentos; y ahora... ¡miserable de mí!... Alejo, Alejo, huyamos, huyamos pronto...

¡Yo no sabía aún lo que era el sufrimiento!...

Y el infeliz se puso á sollozar con tanta fuerza, que parecía que iba á desgarrarse el pecho.

Alejo se dió prisa en dejarlo en su primera postura, y quiso hacer retroceder el trineo, pero el jóven lanzó un grito tan doloroso, como si le hubiesen clavado un puñal en medio del corazón.

—¡No! balbuceó, ¡no! ¡por piedad, no todavía! Este espectáculo me mata, pero el alejarme de aquí es hundirme en el sepulcro.

—Pues bien, dijo Alejo con vos trémula, ¡quedémonos... la aurora está lejos aún... sobra tiempo para llorar! Se arrodilló, apoyó su frente en el borde del trineo y prorumpió en sollozos tan amargos como los de su desdichado compañero.

¡Ah! desgarrador era el desconsuelo de aquellos dos hombres delante de la naturaleza que dormía apaciblemente, delante de la naturaleza que ostentaba todas sus galas; á la faz de aquel cielo tan sereno y transparente.

—No llores, pobre Alejo, no llores, exclamó al fin el jóven con inexpressable dulzura. ¡Demasiada hiel hay en mi corazón para que la aumentes con tu llanto!

Alejo no respondió: los sollozos le ahogaban.

—Vamos, repuso el jóven, vamos, si he de causar en tí tal desconsuelo. Alejémonos en buen hora; renuncio á esta amarga felicidad que apetecía... ¡huyamos!...

—¡Qué importa mi llanto, repuso Alejo levantando su faz descolorida y mirando en torno de sí con ojos extraviados, ¡no soy yo la única causa de vuestros males, yo que había recibido de vos la más noble limosna que pueda prodigar un noble caballero y un cristiano? ¡Yo ingrato, ingrato, que os precipité en el abismo de donde yo me escapé triunfante!

—Alejo, gritó el jóven desesperadamente, ¡no repitas ya esa historia; cálmate, cálmate, te lo ruego... huyamos!...

—Al asalto, al asalto, exclamó Alejo levantándose repentinamente y con ademán extraviado, ¡sus! ¡valientes, al asalto, el pendon de Viazemski ha de ondear sobre los muros de Risiska, pronto!... Suenen los clarines, relinchen los corceles, silben las balas, al asalto!...

Ved á los salvajes cómo se esconden detrás de las tapias, cómo disparan temblando sus saetas... ¡Ah! ¡ah! nuestros bravos corren en tropel á las trincheras enemigas; ¡pero quién va delante de todos! ¡quién les da el ejemplo! ¡Es él! ¡es nuestro jefe, es el intrépido conquistador Jorge Viazemski el que se abre camino, el que arranca y pisotea la enseña de los salvajes!

¡Vedle cuán bello está, desafiando el furor de las saetas! ¡Vedle volver triunfante al centro de nuestro ejército, como el Dios de las batallas! Los enemigos le siguen de cerca, ¡mas qué importa! Rápido como el torbellino, llega cerca de nosotros y está en salvo. Pero ¡por qué se detiene!... ¡insensato! ¡no ves que de un momento de retardo pende la salvación de tu existencia!... corre... vuela... el tiempo urge... ¡Ay, es la compasión la que le impide el paso! Ha oído un suspiro exhalado por el último de sus soldados, ha visto una mano que se agitaba convulsivamente, ha oído una voz moribunda que imploraba estrechar por la última vez la mano de un cristiano...

Jorge es noble, Jorge es grande, Jorge es magnánimo: retrocede, se abalanza al moribundo... estrecha su mano... intenta cerrar sus ojos; pero se cruzan por encima de su cabeza un diluvio de flechas y cae en el suelo gravemente herido... (Se continuará.)

## EL TAPICERO EN FAMILIA.

Varias veces nos hemos ocupado de los muebles ricos destinados á alhajar una vivienda elegante; pero esto en verdad saben hacerlo los tapiceros de profesión, y no necesitan muchos consejos las personas que pueden gastar mucho dinero.

Consideramos, pues, más útil y provechoso darlos á los que por su modesta posición necesitan procurarse un agradable confort con la mayor economía posible.

La honrada clase media, tan castigada hoy por la suerte, y que necesita vivir con el decoro que la corresponde contando con poquísimos recursos, nos agradecerá sin duda que la indiquemos la manera de embellecer sus viviendas.

No pudiendo pagar mucho de alquiler, claro está que éstas no siempre podrán ser modernas ni bien distribuidas.

Elijamos, pues, para tipo una casa cuya entrada consista en un largo pasillo, á cuyo extremo se halle la puerta de la sala, y á ambos lados varias puertecitas que dan á los cuartos interiores, y acaso á la cocina, recibiendo la luz por una claraboya, cerrada con vidrios pequeños y antiguos. Veamos cómo podemos trasformarle, dándole una apariencia confortable y elegante.

Procuraremos en primer lugar que las puertas se cierren por sí mismas, por medio de un peso ó de un resorte, para que en un momento de descuido no se ofrezca á la vista del que nos visita el desorden propio de los cuartos interiores, luego las disimularemos, cubriéndolas con portiers de tela Java, que está hoy tan barata. En cuanto á los vidrios de la claraboya, se imitarán los vidrios pintados antiguos, pegando sobre ellos tiritas de papel de distintos colores, y formando dibujos góticos.

Una suspensión, que nosotros mismos podemos fabricar con un poco de alambre y hojas verdes, y en cuyo centro se coloca una lámpara, y los ladrillos del pavimento lucidos, si no se pueden cubrir con esteras, convertirán el tosco pasillo en una entrada agradable.

Pasemos al comedor, que no es del todo malo, y es fortuna, porque la estancia en donde se reúne la familia debe ser siempre la mejor de la casa. El único defecto que tiene, es una ventana que da á un patio feo y sucio, cuya vista causa repugnancia, y que está siempre bañado por el sol. Tenerla constantemente cerrada es imposible. Lo mejor será colocar delante del balcon ó la ventana una jardinera con plantas trepadoras que suban hasta el techo y sólo dejen penetrar una luz muy grata.

Más graves de disimular son las muchas imperfecciones de la sala de recibo, que es grande y destartada, tiene el techo de boyedillas, sostenido en el centro por un pilar, y los huecos de los balcones inmensos. Nada diremos del papel que se ha caído á pedazos. No puede ser más horrible. Pero la casa conviene por el precio y la comodidad relativa que ofrece, y es preciso ver cómo se arregla de modo que quede cuando menos decente.

Es verdad que las señoras de esta época suelen ser muy ingeniosas, y que los hombres que hay en la familia nunca se niegan á prestarles su auxilio, porque la necesidad es cada vez más imperiosa.

Tratemos, pues, de empapelar la sala.

Al efecto se escoge papel satinado que imite el terciopelo de Utrech, con otro más claro ó más oscuro del mismo color, y otro además dorado ó madera, según sean los muebles que deben adornar el aposento.

Se cortan grandes cuadros del papel destinado al fondo, y se circuyen todo alrededor, formando marco, con una cenefa del tono más claro ó más oscuro, adornada á su vez con un filete dorado ó madera.

Si el papel es estampado, debe irse casando el dibujo, como se hace con los paños de un vestido que lo tengan.

Cortado ya, se van extendiendo sobre una mesa por el revés las diferentes tiras, se les da la cola con un pincel, y antes que se sequen se colocan sobre la pared casando bien los dibujos. La cola ó engrudo, se hace echando harina en el agua caliente, y dejándola hervir hasta que esté á punto de emplearse. Del mismo modo pueden empapelarse los huecos de las boyedillas, y aún las partes salientes, que según el dibujo que se elija podrán producir muy buen efecto. Las irregularidades de la sala pueden disimularse por medio de cortinajes, y si es sobrado grande para los muebles que deben adornarla, se reducen sus dimensiones con un bastidor de lienzo, que á un hombre mañoso le será muy fácil construir.

JUAN GUELDES.



Si hemos de dar crédito á un corresponsal italiano del *Times* que acaba de estudiar la cuestión en sus antecedentes y por su observación personal, la ilustre Venecia, en otro tiempo la reina del Adriático, está amenazada de una destrucción inminente y cierta: véase por qué:



32. Fleco para la bolsa núm. 15.

ce treinta y cuatro años se viene dejando pasar al lago las aguas arenosas del Brenta, en vez de conducir las directamente al mar.

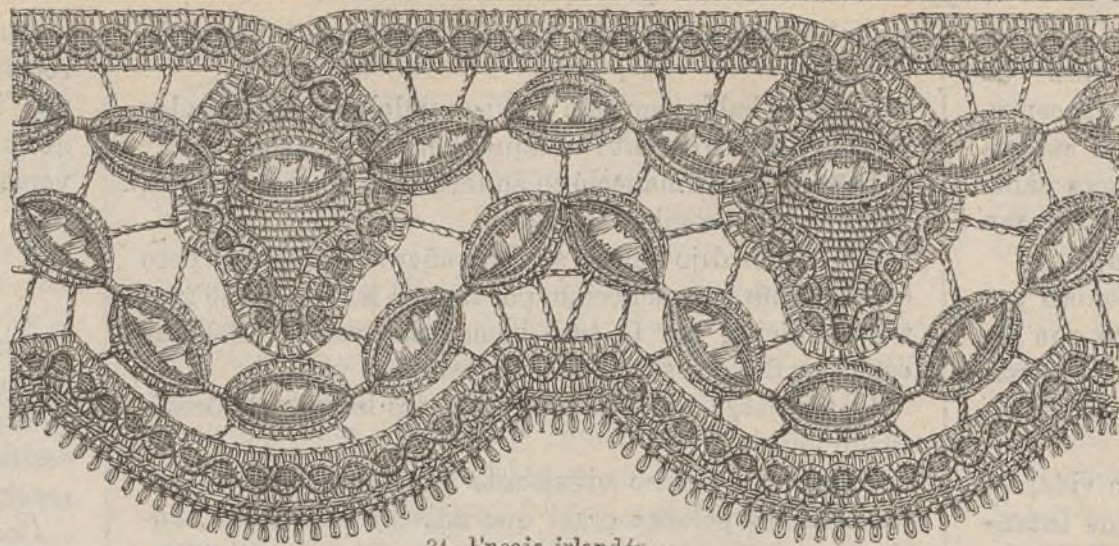
De esto resulta: 1.º Que todas las materias acarreadas por las aguas del río, quedan depositadas en su lecho ó en el del lago. 2.º Que la mezcla de las aguas dulces con las aguas saladas, produce allí, como en todas partes, la mliaria.

En la actualidad apenas se puede conseguir que el canal de Lido, tan conocido en los romances, permita el paso de los vapores de la Compañía Peninsular y Oriental, y fácilmente se comprende que no está lejos el día en que, obstruidos los canales, y cegadas las lagunas por las arenas, imposibiliten de todo punto la navegación. Ese día habrá sonado para Venecia su última hora, y quedará reducida á una ciudad interior sin industria ni comercio. También podrá suceder que ántes de esta época las fiebres intermitentes hayan destruido por completo la población de las orillas de los lagos, que respira una atmósfera emponzoñada.

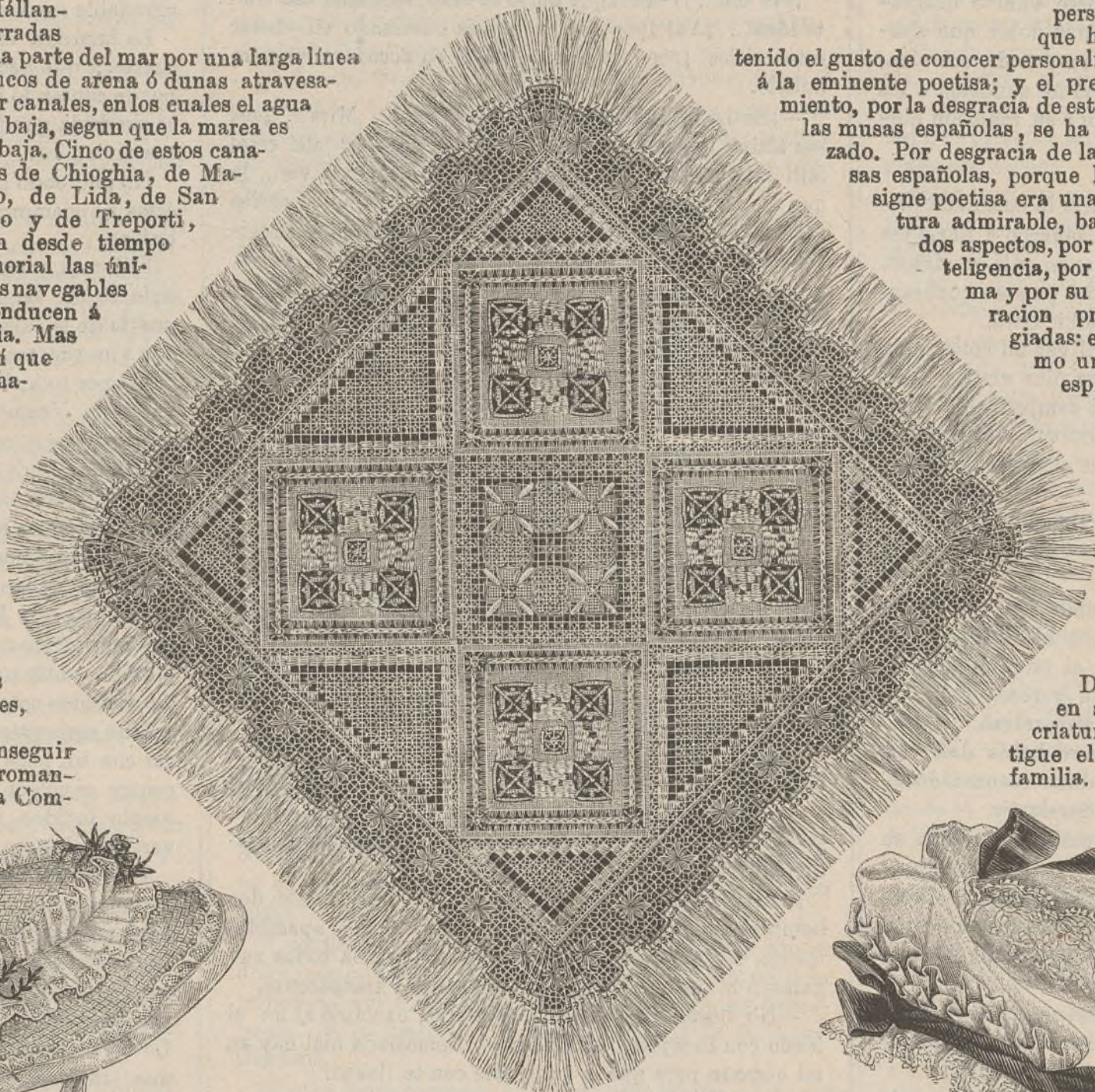
Este mal casi irreparable se ha producido durante la dominación austriaca. Desde tiempo inmemorial el Brenta, alimentado por los torrentes que bajan de los Alpes, tenía su embocadura en Brondolo, al Sud de Chioggia, y solía desbordarse sobre la campiña con grave perjuicio de los cultivadores. Para evitar estos desastres se resolvió en consejo de ingenieros dar salida al río en la laguna. Sabían que el Consejo de la antigua Venecia se había opuesto siempre á esta medida; pero se achacó á preocupación infundada, y por evitar un mal que se producía muy de tarde en tarde, se dió origen á otro infinitamente mayor, puesto que hoy pone en peligro la existencia de la ciudad y de sus habitantes.

Segun el citado corresponsal, á menos que en un breve plazo no se adopten medidas enérgicas para impedir que las nuevas aguas del río entren en el lago y se establezca un sistema especial de dragado que limpie el lecho de éste, Venecia, y con ella las

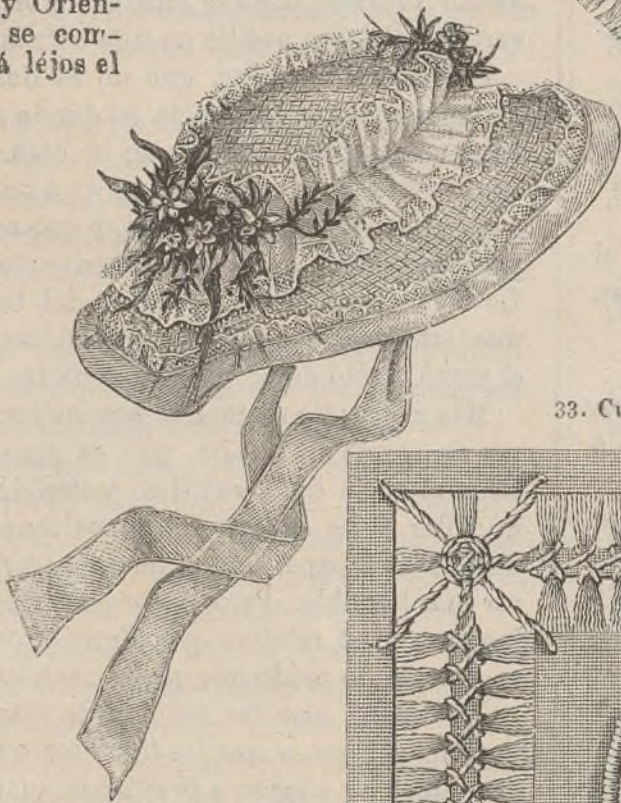
Las célebres lagunas constituyen una masa de agua salada de 50 kilómetros de largo próximamente y cerca de 10 kilómetros de anchura media. Hallanse cerradas hacia la parte del mar por una larga línea de bancos de arena ó dunas atravesadas por canales, en los cuales el agua sube ó baja, segun que la marea es alta ó baja. Cinco de estos canales, los de Chioggia, de Malamocco, de Lido, de San Erasmo y de Treporti, forman desde tiempo inmemorial las únicas vías navegables que conducen á Venecia. Mas hé aquí que desde ha-



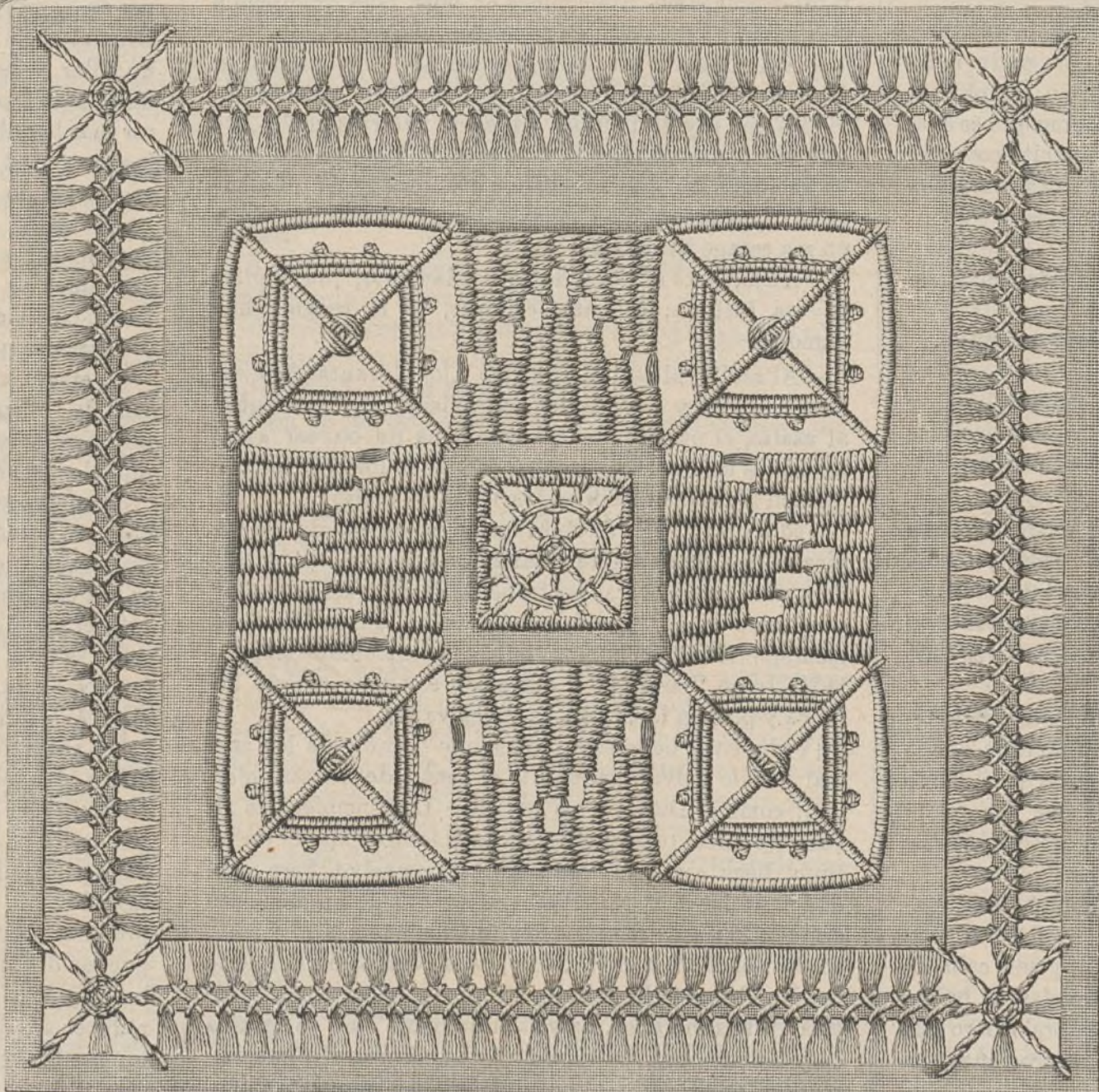
31. Rucaje irlandés.



33. Cubierta de cuna ó edredon. Malla y calados. (Véanse los núms. 34 y 35.)



34. Sombrero para jardín.



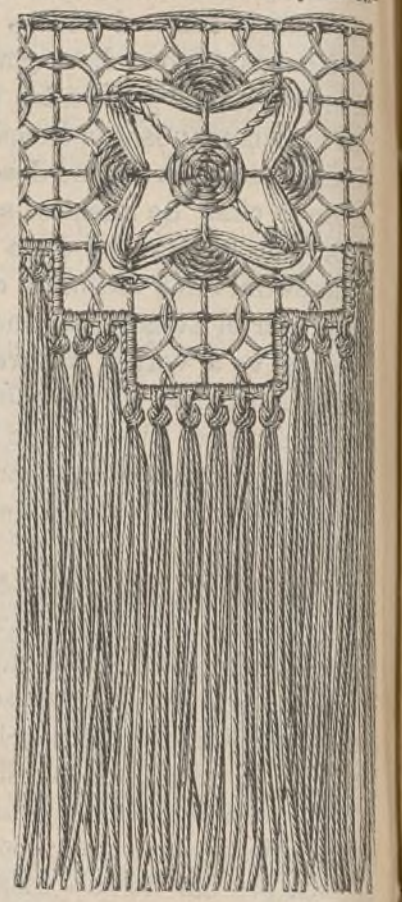
35. Cuadro de calados en tela para la cubierta núm. 33.

poblaciones menos importantes que la rodean, no serán en un corto plazo más que un recuerdo.

¡Concha Estevarena, la delicada poetisa cuyos versos han podido admirar nuestras suscriptoras en el número anterior, ha entregado su alma á Dios!

Hace algún tiempo teníamos el presentimiento triste de este infausto suceso por noticias de personas que habían

tenido el gusto de conocer personalmente á la eminente poetisa; y el presentimiento, por la desgracia de esta y de las musas españolas, se ha realizado. Por desgracia de las musas españolas, porque la insigne poetisa era una criatura admirable, bajo todos aspectos, por su inteligencia, por su alma y por su inspiración privilegiadas: era como una luz espléndida



34. Cenefa y fleco para la cubierta núm. 33.

da en el mundo de la poesía, que ha desaparecido como la del sol de la tarde: con ella ha perdido el Parnaso español, no una de sus más brillantes esperanzas, sino una de sus más legítimas glorias, y eso que el astro de su genio apenas empezaba á alborear. Dios habrá recibido indudablemente en su seno el alma de la maravillosa criatura, y deseamos que esta creencia mitigue el dolor inconsolable de su desolada familia.

## EXPLICACION

DEL FIGURIN núm. 1.235.

FIG. 1.º—*Troje de otoño.*—Vestido de lana color de tierra liso y á rayas blancas. La falda, con ancho volante tableado y ribeteado de blanco por arriba y las mangas, son de tela lisa; la túnica y el cuerpo-coraza, de la tela á rayas, guardada con una cenefa bordada de la tela lisa. Cuello de batista blanco, alto; corbata encarnada, y montera negra con plumas y cintas encarnadas.

FIG. 2.º—*Troje para joven.*—Ofrece también una linda combinación de dos telas, azul liso y á rayas azules y blancas. La falda, lisa, lleva ancho biés á rayas y volante rizado liso.

La túnica y el paletot son de la tela á rayas, y llevan al canto un biés á rayas y el volante liso. Las mangas y el cuerpo azules, con carteras á rayas las mangas. Cuello de batista vuelto; corbata color de nankin y sombrero *María*, con flores y cintas alrededor de la copa. Saliendo al campo más temprano en las deliciosas tardes de Otoño, se hace necesario un sombrero como éste, de alas anchas que resguarde de los rayos del sol.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: CARLOS VILLAS